



# POR TI DARÉ MI VIDA

ELIA BARCELÓ

Lectulandia

Yo tenía a Ted, que era como yo, que tampoco sabía de dónde venía ni quiénes habían sido sus padres. Ted, que me quería como yo a él. Sin preguntas. Sin condiciones. Sin celos. Ted, que era todo mi mundo.

Por eso cuando supe que había sufrido un accidente, sentí como si el suelo bajo mis pies desapareciera. Sé que no digo nada original, pero es exactamente lo que sentí: como cuando estás en lo más alto de una montaña rusa y, de repente, sientes que vas a caer desde muchos, muchos metros. Solo que no hay suelo al final.

Y entonces, alguien me dio a elegir...

**Lectulandia**

Elia Barceló

# **Por ti daré mi vida**

ePub r1.0  
fenikz 21.05.16

Elia Barceló, 2015

Diseño de cubierta: César Farrés

Editor digital: fenikz

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Nina, que cantó en Alceste,  
en la Staatsoper de Viena, en otoño de 2012.



**A**l abrir los ojos sintió un mareo y tuvo que apoyarse en la pared mientras sus puños se cerraban convulsivamente sobre las extrañas barras a las que se agarraba.

Paseó la vista por los alrededores con la esperanza de que el paisaje familiar lograra tranquilizarlo, pero tuvo que cerrar los ojos de nuevo, asustado. No había montañas. Ni árboles. Ni mar. Y el cielo era blanco, aunque se notaba en el ambiente que estaba a punto de hacerse de noche.

No reconocía nada. Absolutamente nada.

Se forzó a inspirar hondo, a concentrarse en ralentizar los latidos de su corazón que sonaba en su pecho como el galope de un caballo. El aire era tan frío que sintió una punzada en las sienes y tuvo que volver a la respiración superficial.

¿Qué le estaba pasando?

¿Dónde estaba?

No tenía más que abrir los ojos y verlo, pero no se atrevía. La simple idea de mirar a su alrededor le aterrorizaba.

Volvió a apretar las manos para sentir la solidez de lo que fuera que estaba tocando. No sabía qué era, pero sabía que estaba ahí y que no era amenazador. Su corazón seguía palpitando como un tambor enloquecido.

¿De qué tenía tanto miedo? ¿De abrir los ojos?

¿Por qué? ¿Qué había visto?

Intentó recordar mientras seguía con el hombro firmemente apoyado en una pared sólida y helada y los ojos fuertemente cerrados, como las manos.

Gente. Mucha gente a su alrededor. Demasiada. Suelo empedrado. Edificios muy altos. Demasiado altos. Extraños.

Estaba en una ciudad.

Estaba en una ciudad y eso era bueno, porque en las ciudades el grado de civilización es más alto, los habitantes están acostumbrados a los forasteros y nadie se mete con nadie a menos que su comportamiento sea muy llamativo.

Dejó que su mente le diera un par de vueltas al pensamiento que acababa de

formular. Sacó la conclusión de que él debía de ser forastero en la ciudad. Por eso había pensado de esa manera. Pero no recordaba dónde estaba ni de dónde venía.

Se esforzó por identificar la lengua que sonaba a su alrededor. No solo era incomprendible, sino que tenía la sensación de que no era solo una, sino muchas. Le llegaban retazos de conversaciones, risas, lloriqueo de bebés, los ladridos de un perro, fragmentos de un discurso que alguien pronunciaba en un idioma desconocido..., todo sobrepuesto a un fragor constante, un rumor profundo como de olas, o más bien de ruedas. De muchas ruedas que giraran ininterrumpidamente sobre un suelo liso, como bolas de mármol sobre mármol.

Pájaros no había. Ni sonaba el viento entre los árboles. Pero el sonido de base, aunque solo aproximadamente, era el de una ciudad, el de una plaza en día de mercado. Algo conocido. Aunque la gente vistiera de un modo tan extraño como le había parecido antes de cerrar los ojos.

—¿Estás bien? —oyó de pronto a su lado, comprendiendo repentinamente la pregunta aunque sabía que la lengua no era la suya propia—. ¿Necesitas ayuda?

Abrió los ojos.

Una muchacha muy joven, bonita, de pelo castaño cubierto por un gorro blanco con una borla en la coronilla, lo miraba con cierta preocupación. Olía bien. A flores.

—Sí. No —se oyó decir, maravillándose a sí mismo—. Gracias. Ya se me está pasando. He salido de casa sin comer nada y me ha dado una especie de mareo, pero ya estoy bien.

Detrás de la chica, sirviéndole de marco, se veía una construcción enorme, de piedra gris tallada con figuras, con una altísima torre acabada en pico y un tejado empinadísimo cubierto de piedras de color, formando un mosaico geométrico. «Una catedral», dijo algo en su interior. «Un templo».

En ese momento llegó otra chica de la misma edad, pero con el pelo tan rubio que parecía hecho de una paja muy fina; se acercó a su amiga y se le colgó del brazo sin dejar de mirarlo con una sonrisa.

—Ya estoy bien —insistió él—. En serio. Gracias por preocuparte, pero no es nada.

—Entonces ya podemos irnos —dijo la recién llegada, dándole un tirón—. ¡Venga, Lessa, vámonos!

No comprendía cómo, pero sabía que la chica morena se llamaba Celeste, o algo muy parecido, aunque su amiga la llamaba Lessa. La rubia era Susanne y todo el mundo la llamaba Nanni.

Con una última sonrisa, se separaron. Las muchachas se alejaron de él, con las cabezas juntas, seguramente comentando qué podía haberle pasado al chico guapo de la bicicleta. Las vio marchar, aunque algo de ellas, una especie de hilo rojo hecho de niebla que surgía de Lessa, se quedó enganchado a él; lo veía serpenteando entre la gente que llenaba la amplia calle. Podría encontrarlas si lo necesitaba.

Se miró las manos, que seguían agarrando las dos barras como si de ello

dependiera su vida, y se dio cuenta de que, efectivamente, se trataba del manillar de una bicicleta. Grande. Azul claro. De metal. Con dos bolsas a los costados llenas de paquetes y sobres. Separó una mano y se la llevó a la cabeza. Llevaba casco, como un soldado; un casco extraordinariamente ligero. Amarillo.

Se lo quitó y lo observó con detenimiento. «Plástico», se dijo.

Estaban empezando a caer grandes copos de nieve, muy lentos, que se iban posando sobre las superficies heladas y, con bastante rapidez, iban cubriéndolo todo de blanco. El cielo se oscurecía por momentos y las luces empezaban a encenderse a su alrededor, aunque algo en su interior le decía que no era muy tarde. Las luces eran muy brillantes, de colores, y no humeaban.

El frío era cada vez más intenso. Tenía que moverse.

Metió las manos en los bolsillos del anorak y encontró unos guantes de cuero. Se los puso. Volvió a ponerse el casco y, con mucho cuidado, montó en la bicicleta, dejando que fuera su cuerpo y no su mente el que decidiera cómo hacerlo. No hubo problema. Su cuerpo recordaba.

Dobló por una calle lateral, dejando atrás la catedral. Algo en su interior sabía cómo moverse, cómo esquivar los otros vehículos más grandes, más pesados — coches— que le salían al paso.

«Estoy en Viena». La idea le llegó como desde la nada, y en la misma lengua que había hablado con la muchacha: alemán.

«Esto es Viena. Austria. Europa central. ¡Qué curioso! Europa... La catedral es Sankt Stephan. Si sigo por esta calle, llegaré al Ring. Tengo que ir a la Neubaugasse a entregar un paquete».

Poco a poco todas las piezas iban cayendo en su lugar, pero muy lentamente, como si tuvieran que atravesar una jarra de miel antes de caer al fondo.

«Ahora sabes dónde estás y adónde te diriges», se dijo a sí mismo en alemán, mientras pedaleaba cuesta arriba junto al Museums Quartier. «Eso no está mal, pero la pregunta crucial es... ¿quién eres?».

Curiosamente, a pesar de que sabía que era una pregunta importante, no le parecía tan espantoso no ser capaz de contestarla. Ya le acudiría, como había sucedido con lo demás. De algún modo impreciso, sabía que no era la primera vez que le pasaba algo así. Todo llegaría.

«Piensa un poco», se dijo con parte de su mente mientras la otra parte se concentraba en buscar el número correcto. «¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?».

Desmontó de la bici, comprobó la lista que llevaba y llamó al timbre.

—¿Sí? —preguntó una voz distorsionada que salía de una cajita de plástico gris. El interfono.

—Mensajero —se oyó decir, en respuesta tanto a la pregunta del desconocido como a la propia.

La palabra lo hizo sonreír. Ahora sabía quién era. Era un mensajero. Entre otras cosas. Siempre lo había sido.

*Subió los cuatro pisos a toda velocidad, sin sentir apenas el esfuerzo, con pies tan ligeros como si llevara alas en ellos.*

*—Firme aquí.*

*Era una mujer de mediana edad que en su juventud debía de haber sido realmente hermosa. Tenía los ojos tan azules que no parecían naturales y el pelo del color del trigo maduro. Su figura seguía siendo esbelta, aunque tenía curvas en todos los lugares apropiados.*

*—Firme aquí, haga el favor —tuvo que insistir porque la señora se había quedado mirándolo fijamente, como si se estuviera esforzando en averiguar si lo conocía o de qué podía conocerlo.*

*Detrás de ella, en el pasillo, un enorme espejo de marco dorado los reflejaba a los dos: la espalda de ella, el rostro de él, ovalado, con el pelo más bien largo, castaño claro, barba corta, frente amplia, nariz griega, ojos oscuros y brillantes. Aparentaba unos veinticinco años.*

*La mujer firmó, tomó el paquete, que apenas si pesaba nada, lo dejó sobre la consola —Amazon, leyó; «¡qué curioso!, ¿un paquete enviado por una amazona?»— y le tendió una moneda que él se metió en el bolsillo sin mirarla, distraído como estaba con su reflejo.*

*No se reconocía a sí mismo, pero su imagen no le era desconocida. Quizá si seguía mirándose acabaría por averiguar su nombre y su identidad.*

*—Gracias, señora. ¡Hasta otro servicio! —las palabras salían automáticamente, sin su intervención—. Vuelva a usar Hermes cuando necesite mensajeros de confianza.*

*La mujer cerró la puerta con suavidad y él se quedó contemplando la mirilla dorada, un ojo brillante en la oscuridad.*

*Hermes.*

*Ahora sabía quién era.*

*Ahora sabía a qué había venido.*



## **Lessa**

Recuerdo la imagen con toda nitidez: eran apenas las cinco de la tarde, pero ya empezaba a hacerse de noche y estaba a punto de nevar; se sentía con toda claridad

en el aire, que olía fresco, a nieve, a invierno.

No sé por qué me fijé en él mientras esperaba a Nanni a la salida del metro; supongo que porque me pareció guapo y extraño, agarrado al manillar de la bicicleta como si se hubiera perdido, como si le acabara de dar un ataque de algo y estuviera en mitad del mar, como si tuviera miedo de soltarse de la bici y ahogarse entre la gente.

Luego, cuando ya íbamos por la Kärntnerstrasse abajo hacia la Ópera, comentando qué podía haberle pasado, Nanni me dijo que tendríamos que haberle pedido el número de móvil y, sin saber por qué, me dio risa la idea.

—¿Tú no querías encontrar un buen partido? —recuerdo que le dije—. El pobre chaval trabaja en un servicio de mensajería. No es como para tirar cohetes. Con lo que gana, no te va a poder comprar el piso maravilloso y la ropa de marca que te gusta. Además, has quedado con Lukas, ¿no?

—Igual es estudiante de medicina y trabaja de mensajero para pagarse los estudios —continuó Nanni sin hacerme el menor caso—. Lo mismo llega a cirujano plástico y se hace de oro.

—Pues si quieres volver, te espero aquí.

—Claro, tú lo tienes muy fácil. Como tienes novio...

No pude evitar una sonrisa de felicidad. Ted no solo era mi novio desde hacía un año, dos meses y dieciocho días. Ted lo era todo para mí, igual que yo para él. Y todos lo sabían.

Íbamos precisamente de tiendas, a comprarle un regalo de cumpleaños, el regalo de cumpleaños para el que llevaba todo el año ahorrando, y después, a las siete y media, al local donde tocaban esa noche él y su banda.

Yo también estaba a punto de cumplir los dieciocho y, aunque me preocupaba un poco mi futuro, como a cualquier chica de mi edad, trataba de no pensarlo demasiado. La directora me había asegurado que podía quedarme en casa hasta que encontrara un piso de estudiantes que me pudiera permitir con el dinero de la beca. Incluso me había dado a entender que, si estaba dispuesta a ayudar con los más pequeños, podría ganarme un extra, aunque el orfanato no estaba para muchos gastos adicionales. Y a mí ayudar siempre me había parecido natural. No solo natural, sino algo que me daba el apoyo que siempre había necesitado.

Otras personas tienen a sus padres, a sus hermanos, a un montón de gente a quien llaman familia. Nosotros no. Nanni, Ted, todos nuestros amigos... solo nos tenemos a nosotros mismos. Por eso es importante ser para los más pequeños lo que a nosotros nos habría gustado tener.

Ahora, pronto, terminaría el Bachillerato, entraría en el Conservatorio, donde había conseguido plaza en los exámenes de la primavera anterior, empezaría a estudiar canto seriamente y poco a poco me iría haciendo un hueco en la sociedad a la que nunca había podido pertenecer porque mis padres, por la razón que fuera, me habían abandonado al nacer.

Nunca me habían explicado quiénes eran ellos ni de dónde venía yo. Entre nosotros se comentaba que cuando cumplías los dieciocho y terminabas el Bachillerato te contaban lo que sabían, o al menos te enseñaban tu acta y podías leer lo que hubiera allí.

No estaba muy segura de que fuera verdad y tampoco estaba demasiado segura de querer hacerlo, aunque fuera posible. ¿Qué iba a ganar con eso?

Yo tenía a Ted, que era como yo, que tampoco sabía de dónde venía ni quiénes habían sido sus padres. Ted, que me quería como yo a él. Sin preguntas. Sin condiciones. Sin celos. Ted, que era todo mi mundo.

## Ted

Las vi llegar, tarde como siempre, y estuve a punto de ahogarme de risa con el saxo en la boca. Nanni se había subido en unos zapatos de tacón que apenas controlaba y había estado a punto de caerse en los dos peldaños que, desde la puerta, bajaban a la zona de mesas frente al escenario. Eso sí, todo el mundo se había vuelto a mirarla, primero sobresaltados; luego, sonrientes. A ella y a Les.

Como si fueran iguales. Como si no fueran más que dos chicas monas, jóvenes y algo locas, una rubia y una morena. Como si Les no fuera la mujer más maravillosa del mundo.

A veces me resultaba curiosa esa ceguera; ¿cómo podían no darse cuenta de que no solo era mona sino espectacular? Claro que eso era una suerte para mí, ya que todos nuestros amigos se alegraban por nosotros y nadie había tratado nunca de quitármela, al menos de manera descarada.

Como siempre que la veía, se me hizo un nudo en la garganta y se me llenó el estómago de burbujas, pero me esforcé en que no se me notara y seguí tocando como si nada, aunque los ojos se me iban solos al rincón donde se habían sentado con los amigos que habían llegado antes, como si Lessa fuera un foco que dejara en sombra todo lo demás.

Ella era mi luz, la única luz que había conocido en la vida.

Quince meses antes no habría podido creer que llegara a pasarme algo así. Yo siempre había sido un solitario y, desde los trece o catorce años, me había ido aislando todavía más; no tenía más que mi música, así que me pasaba los días practicando, practicando siempre que podía, aprendiendo a tocar más y más instrumentos con cualquiera que pudiera enseñarme, aunque el instrumento en el que había puesto mis esperanzas de futuro era el violín porque, siendo un buen violinista, podría aspirar a un puesto fijo en una orquesta y ganarme la vida tocando.

De momento eran más bien el saxo y el piano. Poco a poco íbamos sacándonos

algo con *gigs* ocasionales y con los martes en el Averno y, aunque solo llevábamos tres semanas seguidas tocando de siete a diez, ya habíamos conseguido un público bastante fiel y el dueño estaba contento con nosotros. Y no solo venía gente de nuestra edad; esta vez había varios hombres mayores, de los que entienden de verdad, disfrutando de la música con un *whisky* en la mano.

Uno de ellos me llamó la atención porque estaba tomando una copa de tinto, cosa poco frecuente, y había estado oyéndome tocar un buen rato con mirada apreciativa, disfrutando visiblemente de lo que oía, hasta que se levantó de golpe —o le había sonado el móvil o había sentido la necesidad de salir a fumar— y se perdió por el pasillo que llevaba a los lavabos y la puerta trasera.

En momentos como ese, no podía evitar que todas las películas de mi vida se me agolparan en la cabeza ofreciéndome imágenes de maravillosos contratos, conciertos en el Blue Note, una vida plena y feliz, consagrada a la música, Les y yo juntos por el mundo.

Ella me miraba con una sonrisa que me hacía desear soltar el saxo y lanzarme a abrazarla, solo para sentir que era verdad, que existía, que estaba ahí y era mi chica y me quería.

Siempre me había parecido curioso que las mujeres piensen que a nosotros no nos importan el amor y los sentimientos. Lo que pasa es lo contrario: que nos importan tanto, que nos hace tanta falta que nos quieran, que tenemos que ocultarlo para que no se den cuenta de que pueden manejarnos con facilidad.

Recuerdo que cuando, con los ojos cerrados, porque hay cosas que no se pueden tocar de otra manera, dejé flotar en el ambiente los últimos compases de *Just you in my life*, una canción que había compuesto para Lessa, y los abrí y me encontré con su mirada, pensé que, a pesar de todo, a pesar de mi miserable infancia y de todas las veces que el mundo me había hecho llorar, me había tocado la lotería, porque todo había servido para llegar a ese instante y verla mirarme así.

Lo recuerdo con toda claridad, sus ojos brillantes, su sonrisa de orgullo, su mano acariciando el colgante que yo le había regalado por nuestro aniversario.

Lo recuerdo más que nada porque fue un momento en el que me sentí perfectamente feliz, exactamente una semana antes de mi cumpleaños.

Fue también una semana antes de cuando empezó la pesadilla.



*No conseguía dejar de sonreír. El vino era excelente, increíble, absolutamente divino. La música era muy extraña, pero le gustaba cada vez más. La gente a su alrededor era tranquila, joven, sana, bien alimentada; producía una sensación de calidez, de seguridad.*

*Era bueno estar vivo.*

*Llevaba bastante tiempo en el lugar y aún no había conseguido recordar quién era, qué hacía él allí, dónde estaba, pero la cosa no tenía demasiada importancia. Había vino, bellos adolescentes, buena música; quizá incluso hubiera algo de comer.*

*Se puso en pie sin pensarlo y, en cuanto se hubo levantado, sintió una necesidad que ya no recordaba; decidió buscar primero las letrinas y ver después si conseguía encontrar algo que le apeteciera comer.*

*Desde el pasillo oscuro se oía el instrumento que tocaba aquel muchacho —un saxofón— como una voz plañidera, cálida, insinuante. Le gustaría tener a aquel joven en su casa; que tocara para él todas las noches como estaba haciendo ahora; solo para él, mientras tomaba un vaso de aquel excelente vino.*

*Estaba seguro de que todos los habitantes de su gran casa disfrutarían también de aquella música, de aquellos ojos brillantes que volvían una y otra vez al rincón de la izquierda. Tendría que averiguar quién había allí.*

*Se detuvo de pronto en medio del pasillo. «Los habitantes de su gran casa» había pensado. ¿Qué casa? ¿Dónde estaba esa morada? ¿Quién vivía allí?*

*Se pasó la mano por la frente como si de esa manera pudiera quitarse las telarañas que cubrían sus recuerdos. Entró en las letrinas y alivió su vejiga antes de regresar a la sala donde una joven con un anillo taladrándole el tabique nasal le mostró una lista de viandas.*

*Dejó que su cuerpo eligiera, con la seguridad de que él sabría qué quería comer. Su dedo se posó en uno de los platos y el gesto de la muchacha le dio a entender que podía volver a su mesa y ella se lo llevaría cuando estuviera listo.*

*Sintió un revuelo a sus espaldas y se acomodó de nuevo mientras el chico que había estado tocando arrastraba de la mano a una joven muy bonita, que protestaba entre risas, hasta el pequeño escenario.*

*Un momento más tarde, la chica cerró los ojos, los músicos comenzaron a tocar una nueva melodía y una voz femenina, cálida, deliciosa como el vino, llenó la sala oscura. Summertime. Verano. Ese era el nombre de la canción que todos los presentes conocían.*

*¡Qué belleza! ¡Qué momento tan perfecto, tan redondo!*

*Dio un último trago en el instante en que le servían algo que parecía haber sido aplastado por una piedra, pero que no olía nada mal —«tostada de jamón y queso con ensalada», oyó en su interior—; pidió otro vino y empezó a masticar con delectación, haciendo planes para llevarse a casa a uno de los dos jóvenes músicos.*

*En cuanto supiera dónde estaba su casa y decidiera a quién elegir. ¿El instrumentista o la cantante?*



# Lessa

No resultó fácil pero, al cabo de casi seis horas de fiesta —primero con todo el mundo, incluidos los pequeñajos; luego, solo los mayores, después los últimos amigos—, al final Ted y yo conseguimos refugiarnos en nuestro lugar secreto, una antigua habitación al fondo del inmenso desván que ocupaba toda la planta alta del edificio.

Lo habíamos descubierto un par de meses atrás, cuando nos mandaron bajar unas sillas extra que estaban allí tiradas, llenas de polvo y, mientras yo trataba de sacudirlas un poco, vi a Ted mirando la pared con una concentración que me hizo pensar que se le había aparecido un fantasma y me recorrió un escalofrío.

—¿Qué haces? —le pregunté casi en susurros—. ¿Qué hay ahí?

—No sé. Lo mismo son imaginaciones mías, pero juraría que eso es una puerta condenada.

La elección de la palabra me dio más miedo que la cosa en sí.

—¿Condenada?

—Una puerta que alguien, hace tiempo, decidió que no servía para nada y entonces empapelaron encima y la tapiaron —me explicó Ted sin quitar ojo a la pared.

—Entonces, eso quiere decir que a lo mejor hay algo ahí detrás; un armario, un tesoro, una habitación...

Ted se había puesto en cuclillas, había sacado la linterna que llevaba en el llavero y estaba siguiendo una especie de grieta casi invisible.

—Tesoro seguro que no. Habitación no creo, a menos que sea diminuta; pero podría ser una despensa. A ver, cierra bien la puerta del desván, no vayan a interrumpirnos, y sujétame la luz, para que eche una mirada.

Sacó la pequeña navaja suiza que siempre llevaba encima y empezó a cortar el papel con precisión.

—¡Te estás cargando el empapelado!

—Claro. Es la única manera de abrir la puerta; pero lo estoy haciendo con cuidado para que si no hay nada que nos interese podamos cerrar otra vez y que no se note.

Yo no hacía más que echar miradas hacia la entrada. Estábamos tardando mucho y dentro de nada mandarían a alguien a ver por qué no volvíamos con las sillas.

—No te preocupes —dijo Ted como si me hubiera leído el pensamiento—. Todos estarán pensando que estamos aprovechando el rato para hacer cosas que no se pueden hacer en público —levantó la mirada de la parte de abajo de la puerta y me

sonrió—. Lo que no sería mala idea, pero es que esto me ha picado la curiosidad. ¿Sigo?

—Sigue. Yo también estoy deseando ver qué hay ahí.

Conseguimos abrir la puerta por fin y nos quedamos mudos de asombro mientras, a la vez, se nos pintaba una sonrisa en el rostro. Debía de haber sido efectivamente una antigua despensa, pero más grande de lo que habíamos creído; tenía incluso un ventanuco que daba a poniente, a la zona del jardín donde crecía el bosquecillo de alerces, un techo abuhardillado que impedía que Ted pudiera estar totalmente de pie, salvo justo a la entrada, y, en la parte del fondo, alguien había arrinconado una especie de sofá cubierto por varias mantas muy viejas, llenas de polvo y telarañas.

Ted me pasó el brazo por los hombros y lo sentí temblar contra mí.

—Nuestro hogar, si tú quieres —me dijo muy bajito al oído.

Levanté la vista hacia él y nos besamos suavemente. Él deshizo el abrazo; de repente tenía muchísima prisa, lo que en ese momento me molestó, aunque enseguida, en cuanto comprendí por qué, me di cuenta de que tenía razón.

—Vámonos, Les. Este es nuestro secreto. Hay que conseguir que nadie lo descubra. Vamos a bajar las sillas y luego yo, a ratos sueltos, lo iré arreglando.

—¿Y yo?

—Cuando tenga listo lo fundamental, la decoración es cosa tuya —me dijo guiñándome un ojo—. Ya te diré cuándo. ¡Venga, rápido, antes de que nos encuentren!

De eso habían pasado casi cuatro meses y habíamos convertido aquel cuarto secreto en un pequeño hogar: teníamos ropa de cama, una colcha preciosa con cojines, unas cuantas velas, dos copas, una botella de vino, algunas chucherías de comer, pósters en las paredes y unos cuantos libros, los que más valorábamos. Habíamos invertido en ello todo lo que conseguíamos ganar, yo cuidando niños o cantando a veces en alguna boda y él con sus *gigs* aquí y allá.

Lo que más difícil nos resultaba era seguir manteniéndolo en secreto; no aprovechar cada momento libre para subir a nuestro «piso» a leer, o a charlar, o a echar una siesta. Estábamos tan a gusto allí, nos sentíamos tan en casa, nos parecía ya tan natural que a veces teníamos que recordarnos el uno al otro que seguía siendo un secreto y que, si los demás se enteraban, tendríamos que compartirlo con todos.

Así que aguantamos la fiesta de cumpleaños hasta el final y, cuando los últimos se retiraron, hicimos como que nos quedábamos en el salón de la tele para que todos pensaran que queríamos besarnos un rato sin gente alrededor y, en cuanto la casa quedó en silencio, subimos a nuestro palomar.

Entonces Ted sacó de la bolsa el regalo que yo le había dado hacía apenas unas horas, lo acarició como si estuviera vivo, se quitó el jersey y la camiseta y se puso la cazadora de cuero negro directamente sobre la piel mientras yo encendía la vela naranja y prendía una varilla de incienso con perfume de salvia blanca.

Estaba tan guapo que dolía, y me miraba con unos ojos brillantes como los

guijarros que relucen en el fondo de un arroyo de montaña.

—Gracias, Les —dijo en voz muy baja—. Es lo más bonito que he tenido en la vida. Descontándote a ti —añadió con una sonrisa.

—¿Te gusta de verdad?

—Tú sabes que llevo toda la vida queriendo una cazadora así; pero no me parece bien que te hayas gastado en ella todo lo que has ido ganando este año.

—Ya. A lo mejor ya no te acuerdas de que cuando habías conseguido ahorrar el dinero necesario para tu cazadora, me compraste a mí esto —le mostré en la palma de la mano el precioso colgante que me había regalado por nuestro primer aniversario.

Me abrazó fuerte, tan fuerte que parecía que podríamos fundirnos el uno en el otro y no estar separados nunca más.

Cuando nos soltamos, Ted abrió los brazos en nuestro gesto secreto y yo hice lo mismo, levantándome las mangas de la rebeca que me había puesto encima del vestido de fiesta. Estábamos frente a frente con las palmas de las manos a la altura de los hombros. Las acercamos hasta que los tatuajes que los dos llevábamos en la parte interior de las muñecas coincidieron: su brazo izquierdo con mi derecho, su derecho con mi izquierdo; su medio laberinto con mi medio laberinto. Los dos juntos, el laberinto completo, igual que cuando uníamos la otra rosa que ambos llevábamos tatuada en el vientre. Nuestras manos se unieron también, con los dedos cruzados.

—Siempre —susurré, antes de que nuestros labios se tocaran.

—Siempre, Les, siempre.

## Ted

No le había dicho nada a Lessa porque no quería que se hiciera demasiadas ilusiones y porque la noche de mi cumpleaños había sido tan perfecta, tan gloriosa, que no me había parecido necesario añadir nada más. Las buenas noticias y las esperanzas hay que dosificarlas para poder alegrarse más veces; al menos eso es lo que he aprendido a lo largo de los años: si te dan dos buenas noticias de golpe, te alegras una vez nada más. Si te dan una ahora y otra tres días más tarde, te alegras dos veces.

Cuando uno vive como yo he vivido siempre, el poder alegrarse de vez en cuando es algo inestimable.

Y además, tampoco era necesariamente una buena noticia. Todavía.

Era simplemente que el martes anterior, el martes en que después de mucho insistir y rogarle a Les, diciéndole que lo hiciera por mí, porque iba a ser mi cumpleaños, conseguí que cantara con nosotros —«que no, que eso no es lo mío, que yo soy cantante lírica, que me da corte...»—, el tipo de la copa de vino que nos estuvo mirando todo el tiempo se me acercó en el pasillo cuando fui al baño en la

pausa y me pidió el número de móvil.

—Perdona que no te dé una tarjeta, pero como he salido solo a dar una vuelta pensando volver pronto a casa, no llevo identificación profesional —me dijo—. Mira, no te voy a mentir; no soy agente musical ni nada parecido. Soy sencillamente un gran aficionado a la música y un..., bueno, no sé realmente cómo llamarlo... Hoy en día suena un poco tonto... Soy también algo así como un mecenas. Tengo suficiente dinero para pagarme lo que me gusta y para apoyar a la gente en la que creo. Si me lo propongo, puedo llevarte a lo más alto.

Tragué saliva en silencio. No era exactamente lo que había visto en las películas ni lo que había soñado tantas veces en tantas camas de instituciones de caridad y de familias que al final, después de haberme tenido como a un hijo un par de meses, me habían devuelto al orfanato, pero era muy parecido.

Tampoco sabía bien qué me estaba ofreciendo. Lo que era evidente era que había una oferta en sus palabras. Lo que aún no me había dicho era qué quería a cambio.

—Tengo una casa muy grande; ese tipo de casas que se heredan, ¿sabes? Nadie en su sano juicio compraría hoy en día algo así. Ahí doy fiestas, organizo exposiciones, estrenos de teatro, conciertos... Siempre la tengo llena. Es muy deprimente tener habitaciones y habitaciones vacías, criando polvo; prefiero que haya gente. ¿Podrías plantearte actuar para nosotros? Podrías incluso instalarte allí, si te gusta el sitio.

¿Me estaba proponiendo un *gig* para la banda o hablaba de que yo, solo yo, tocara en una de sus fiestas? ¿Y qué era eso de que podría instalarme? ¿Me estaba ofreciendo un local para ensayar, una beca, una habitación en su casa?

—No hay prisa —continuó—. Piénsalo. Ahora te haré una pérdida y así tendrás mi número. Si te parece, te llamo dentro de un par de días. Ah, y si es cuestión de dinero, no te preocupes; pago bien —sonrió abiertamente. Tenía una sonrisa franca, buena dentadura; iba bien vestido, discretamente pero con ropa de calidad—. Lo que me pidas, Ted. Hacía mucho que una música no me hacía tan feliz. En serio.

De un momento a otro había desaparecido y, cuando volví al escenario, Eva, la camarera, me había puesto sobre el piano una cerveza grande, cortesía del desconocido. En ese momento me di cuenta de que no me había dicho cómo se llamaba.

Al cabo de un rato me llegó un sms que solo decía: «Piénsalo, Ted. Me encantaría que fueras de los míos». Como no tenía ni idea de su nombre guardé el número como Sr. Averno, el nombre del local.

Justo el día de mi cumpleaños, cuando ya andaba dándole vueltas a si debía llamar yo para recordarle lo que habíamos hablado y decirle que claro que estaba dispuesto a actuar en una de sus fiestas, tanto solo como en grupo, recibí un sms suyo: «¿Qué me dices, Ted? ¿Eres de los míos? ¿Sí o no?».

Me habría gustado hablarlo con Les antes de contestar, pero tenía miedo de perder la oportunidad, y quería darle la sorpresa, y no había manera de pillarla sola con todo el lío de la fiesta, de modo que apenas diez minutos después de haberlo recibido,

tecleé: «La respuesta es: SÍ. Dígame dónde y cuándo. Gracias».



*Cuando recibió la respuesta del muchacho, sintió un escalofrío de felicidad recorrerle el cuerpo prestado. Había dicho que sí. Excelente. Ahora solo tendría que arreglar los trámites que lo acercarían a sus dominios.*

*Resultaba curioso lo distinto que se había vuelto todo, pero no podía quejarse. Ni siquiera se había podido imaginar estar vivo de nuevo y, sin embargo, lo estaba. Incluso había conseguido encontrar una vida con las características necesarias. Ahora lo único que le faltaba era su esposa y sabía muy bien que no era fácil. Ella nunca había sido realmente feliz en su casa, y su madre, esa mujer arrogante a la que jamás llamaría suegra, había hecho todo lo posible para declarar nulo el matrimonio. Sin embargo, estaba seguro de haberle demostrado claramente su amor. Incluso estaba seguro de que ella, algunas veces, había llegado a quererlo.*

*La buscaría. Le demostraría cuánto la amaba. Le daría todo lo que estuviera a su alcance, con tal de tenerla de nuevo a su lado.*

*Pero ahora tenía que ocuparse de que Ted se instalara en su casa. Quizá su música pudiera ayudar a convencerla.*



## **Lessa**

Cuando Claudia vino a buscarme a la guardería, supe enseguida por su expresión que traía malas noticias, realmente malas. Al principio, lo único que se me ocurrió fue que tuviera algo que ver con nuestro hogar.

Suponíamos que, antes o después, tendríamos que abandonar el edificio que era la única casa que conocíamos, porque se rumoreaba que el ayuntamiento había decidido que era necesario restaurarlo: el cableado era prácticamente del siglo XIX, como los baños y la cocina; la fachada se estaba cayendo a pedazos, los dormitorios eran antediluvianos. Sabíamos que entonces tendríamos que repartirnos por otros orfanatos más modernos y que, cuando el nuestro hubiera sido modernizado, la

mayor parte de los que llevábamos toda nuestra vida en él seríamos ya demasiado mayores para seguir viviendo allí. Si se trataba de eso, significaba la noticia del exilio definitivo, de que, como a Adán y Eva, iban a expulsarnos de nuestro hogar, que, aunque nunca había sido un paraíso, era lo único que conocíamos, la única casa a la que podíamos llamar hogar.

Esa noticia habría sido terrible, pero noté inmediatamente que no se trataba de eso. Era mucho peor. No había más que ver cómo le brillaban a Claudia los ojos, llenos de lágrimas que solo ahora empezaban a deslizarse mejilla abajo; cómo todo su rostro se había convertido en un mapa de arrugas; cómo sus manos se martirizaban la una a la otra, y cómo su voz se ahogaba en la garganta.

—Lessa... Celeste..., preciosa..., ven un momento, por favor... Tengo que decirte algo...

—Los niños... —contesté sin terminar la frase.

No podía dejar a los pequeños solos. Estaba cuidando a los menores de tres años, que no eran muchos porque eran los que enseguida encontraban padres adoptivos, mientras que los mayores nunca tenían una oportunidad.

—No te preocupes... Ahora viene Tini y se encarga ella.

Salimos al pasillo. Nunca me había parecido tan ancho, ni sus techos tan altos, ni los horribles globos blancos que colgaban cada diez metros tan grandes y pálidos y tristes.

Claudia, la directora del orfanato, que casi podría ser mi abuela, me tomó de las manos, me miró a los ojos y trató de hablar, sin conseguirlo.

—¿Qué pasa, Claudia, qué es? —conseguí decirle, por fin.

—Ted —fue la única palabra que salió de su boca.

Sentí como si el suelo bajo mis pies desapareciera. Sé que no digo nada original, pero es exactamente lo que sentí: como cuando estás en lo más alto de una montaña rusa y, de repente, sientes que vas a caer desde muchos, muchos metros. Solo que no hay suelo al final.

—¿Ted? —sentía que me ahogaba, pero no era capaz de preguntar nada más inteligente.

—Ha tenido un accidente, Les. Está en la clínica. Está muy mal... —su voz se rompió y empezó a sollozar como nunca la había visto hacerlo.

No sé de dónde saqué el valor de preguntar:

—¿Está vivo?

Claudia asintió varias veces con la cabeza. No era capaz de hablar; los sollozos le impedían cualquier comunicación serena.

Era horrible, era lo más horrible que me había pasado en la vida, pero a la vez era una buena noticia. Estaba vivo. Eso era lo más importante.

—Quiero ir a verlo, Claudia.

Ella asintió violentamente con la cabeza. Seguía sin poder hablar.

—Vamos, por favor —insistí—. No podemos perder tiempo.

Yo misma no comprendía cómo podía estar tan tranquila, al menos en apariencia.

—¿Conduces tú o llamamos a un taxi? —pregunté, porque Claudia no parecía capaz de decidir nada.

—Taxi —creí oírle decir.

—Voy a por el anorak.

Me soltó las manos con renuencia y yo supongo que subí los tres pisos que me separaban de mi dormitorio, pero no lo recuerdo realmente. Lo compartía con otras tres chicas de mi edad —un privilegio que se alcanzaba en el último curso del Bachillerato— y, cuando llegué, solo Anni estaba allí. Me dio el anorak sin palabras, con los ojos húmedos de lágrimas. Estaba claro que ella ya lo sabía.

—Dale un beso de mi parte —me dijo.

Un minuto después estaba abajo, con Claudia, esperando el taxi. Se había puesto a nevar y los copos, grandes y lentos, habían empezado a cubrir el mundo, aunque yo no sentía el frío de la nieve. El frío que había dentro de mí era diferente: mucho más intenso, mucho más terrible. Me daba horror pensar que Ted pudiera morirse y dejarme otra vez sola en el mundo.

Llegó el taxi, Claudia dio la dirección y cruzamos Viena bajo la nevada que se iba haciendo cada vez más intensa, en un silencio solo interrumpido por sus sollozos. Yo, extrañamente, no lloraba. No podía imaginar qué había pasado; no quería imaginar a Ted roto, medio muerto, en una cama de hospital. Pensaba que, si no lo ponía en palabras, quizá pudiera evitar que fuera cierto. A lo mejor todo había sido una confusión. A lo mejor ahora llegábamos al hospital y Ted salía a nuestro encuentro para explicarnos que todo había sido un malentendido, que el chico que estaba en la cama, en peligro de muerte, era otro que no tenía nada que ver con Claudia y conmigo. Yo me abrazaría a él, sentiría la suavidad del cuero de su cazadora, metería la cabeza en su cuello que olería a él, a nosotros, y luego, los tres juntos, volveríamos a casa en el mismo taxi. Claudia se despediría en el vestíbulo, agotada por todos los nervios que había pasado, y Ted y yo podríamos refugiarnos en nuestro nido del desván durante unas horas hasta que cada uno tuviera que volver a su dormitorio para que nadie se enterara de nuestro secreto.

Llegamos al hospital y nos dijeron dónde estaba Ted: unidad de vigilancia intensiva.

No era muy tarde, pero los pasillos estaban casi desiertos —ya no era horario de visitas— y todo parecía muy oscuro, aunque las luces estaban encendidas.

Pudimos verlo a través de un cristal, como si estuviera en un escaparate.

Ted estaba en una cama, conectado a un montón de aparatos extraños con lucecitas verdes y rojas. Tenía un gotero clavado en la mano izquierda y una especie de máscara de oxígeno en la nariz.

Se nos acercó una enfermera que se quedó quieta a nuestro lado, en silencio.

—¿Puedo entrar? —le pregunté.

—¿Eres de la familia?

—Ted no tiene familia —contestó Claudia por mí—. Es huérfano. Yo soy la directora de la institución.

—Soy su novia —dije yo, casi a la vez—. Soy la única familia que tiene.

La enfermera pareció pensarlo durante unos segundos.

—Puedes entrar un momento. Solo un momento. Tiene que descansar.

—¿Qué le ha pasado? —pregunté en voz muy baja.

Estábamos fuera, no podíamos molestarlo; sin embargo, no conseguía hablar en tono normal.

—Un accidente de tráfico. Muy raro, por lo que me han contado. Él iba por la acera, a pie. Una furgoneta se subió a la acera sin ninguna explicación y lo aplastó contra la fachada de una casa. El conductor se dio a la fuga.

—¿Se pondrá bien? —preguntó entonces Claudia, algo más repuesta de su ataque de llanto.

La enfermera se encogió de hombros.

—Esperamos que sí, pero de momento... ya veis. ¡Pobrecillo! Anda, entra si quieres, un minuto.

La habitación olía a algo químico, a medicinas, supuse, a miedo quizá, a muerte. Me acerqué a Ted, que estaba muy pálido, inconsciente o dormido. Tenía un brazo vendado y quizá las piernas escayoladas, no pude verlo bien. En la cara tenía dos hematomas oscuros, el ojo izquierdo y la mandíbula. De repente ya no parecía el chico fuerte y deportista que yo conocía, el que era capaz de levantarme en brazos y dar vueltas conmigo y cargarme en un hombro. Ahora tenía cara de niño pequeño, herido y solitario, como si estuviera esperando a su madre.

Sentí que las lágrimas se deslizaban por mis mejillas suavemente, como un río. Llegaban a izquierda y derecha de la boca y caían tranquilas sobre mi jersey, empapándolo poco a poco.

—Ted —susurré—, cariño, ¿qué te ha pasado? ¿Cómo estás? ¿Te duele mucho?

No hubo respuesta. Su pecho subía y bajaba lentamente, como si le costara un esfuerzo seguir respirando.

Le pasé la mano por la frente. Lo besé con cuidado, para no hacerle daño. Él siguió inconsciente, dormido, igual que en un cuento de hadas. No podía creer que aquel niño herido fuera mi Ted, el hombre de mi vida, el chico de carácter fuerte que siempre sabía adónde se dirigía, que me había prometido estar siempre conmigo, defenderme, quererme siempre, siempre. Sin condiciones.

La enfermera empezó a hacerme señas desde fuera para que volviera al pasillo. Yo no quería marcharme. No quería dejarlo solo allí. Tenía miedo de que estuviera teniendo pesadillas y no pudiera despertar y se sintiera solo. Tenía miedo de que, de pronto, dejara de respirar, y yo no estuviera allí para tomarle la mano y acompañarlo hasta el último suspiro.

Al principio de nuestra relación, cuando aún no nos habíamos dicho con todas las palabras cuánto nos queríamos, lo importantes que éramos el uno para el otro, yo

había imaginado muchas veces una situación similar: Ted herido, enfermo, en peligro de muerte. Yo visitándolo, acompañándolo, ofreciendo mi vida por la suya, enseñándole lo importante que él era para mí, mostrándole mi amor sin condiciones.

Y ahora..., de repente, ahora era verdad. Mis estúpidos sueños se habían cumplido y él estaba más allá de mi alcance, y daba igual cuántos sacrificios estuviera yo dispuesta a hacer por él. No serviría de nada. Cada uno tiene su destino y, por lo que parecía, el destino de Ted era ese: estar tendido en una cama de hospital después de un accidente y no saber siquiera que yo estaba allí, a su lado, y que estaría todo el tiempo que fuera necesario.

La enfermera abrió la puerta, ya con cara de pocos amigos, y me obligó a salir.

—Tiene que descansar, ya te lo he dicho.

—Quiero estar a su lado. No molestaré, lo juro. Tengo que estar aquí por si se despierta y me necesita.

La enfermera sacudió la cabeza sin mirarme.

—No se va a despertar. Al menos esta noche seguro que no. Puedes irte a casa. Os llamaremos si hay cambios.

—Tengo que quedarme, por favor. Quiero estar aquí, con él.

Apretó los labios.

—No puedes estar ahí dentro.

—¿Y aquí fuera?

—Puedes estar ahí al lado, en la sala de espera, si te empeñas. Pero no va a servir de nada y para ti es muy incómodo. Las sillas son de plástico.

—Da igual.

Claudia me acarició la mejilla.

—¿Quieres que me quede contigo, Lessa?

—No. Vete a casa. Estarán todos nerviosos. Diles que yo estoy aquí y que llamaré si pasa algo.

—Pero no tienes ni siquiera nada para leer...

—No te preocupes, Claudia. Gracias por traerme. Nos llamamos mañana. No voy a ir a clase. ¿Avisas tú?

—Claro.

Nos abrazamos en silencio y vi marcharse a Claudia con los hombros vencidos, como si en esas pocas horas hubiera envejecido varios años. La estuve mirando hasta que llegó el ascensor y se la llevó consigo. No era lo mismo que una madre, o al menos no la madre que a mí me gustaba imaginar, pero la conocía de casi toda la vida y sabía que me tenía cariño y que Ted era para ella alguien especial a pesar de que solo llevaba dos años con nosotros, desde que habían cerrado el orfanato de Salzburgo donde él se había criado y lo habían enviado a Viena hasta que cumpliera los dieciocho años y fuera mayor de edad.

A Claudia le apasionaba la música y Ted era un músico nato. Tenían necesariamente que entenderse. Por eso ahora, para ella, era como si su hijo, el hijo

que nunca pudo tener, estuviera en peligro de muerte. Pero no me daba lástima. Claudia tenía su vida fuera del orfanato, su marido, sus amigos, sus conciertos, sus vacaciones..., mientras que nosotros no nos teníamos más que el uno al otro.

Volví al cristal, apoyé la frente en la superficie fría y me quedé mirando a Ted hasta que sentí que me desmayaría si seguía de pie. Entonces me dejé resbalar hasta quedar sentada en el suelo y cerré los ojos.

## Ted

Podría decir que no me acuerdo de nada y sería verdad, porque no lo recuerdo de la misma manera que recuerdo la noche de mi cumpleaños o la sonrisa de Les en nuestro lugar secreto.

Lo único que tengo en la cabeza, si me esfuerzo, son rápidas imágenes como relámpagos, como el montaje de un videoclip musical donde no ves nada más de medio segundo y es tu cerebro el que se encarga de unir los pedazos hasta que crees tener una idea de lo que puede estar pasando.

Sé que iba caminando por la Landstrasse pensando en si me convendría más aparecer yo solo en la fiesta del millonario, con el saxo que tanto parecía haberle entusiasmado, y el violín, que siempre gusta, para variar; o bien, llevar a los chavales de la banda y hacer un buen cuarteto: teclas, batería, bajo y yo.

También podría preguntarle si tenía piano en casa —¿cómo no iba a haber piano en una casa tan enorme y rica como me había dado a entender que era la suya?, aunque podía estar desafinado por falta de uso— y enseñarle que ese era precisamente uno de los instrumentos que mejor dominaba. A lo mejor sus invitados querían oír alguna pieza clásica cuando se cansaran del *jazz*.

No conseguía decidirme, entre otras cosas porque tampoco habíamos hablado de dinero y, aunque me había prometido ser generoso, no tenía ni idea de cuánto pensaba pagar ni de si sería suficiente para repartirlo entre cuatro.

No era tarde, pero ya había caído la noche y, como había empezado a nevar otra vez, llevaba la capucha echada y la cabeza gacha para que no se me metieran los copos en los ojos. Por eso no me di cuenta de nada.

Por eso y porque la furgoneta me arrolló por la espalda.

Pero en ese momento yo no sabía que era una furgoneta. Solo recuerdo un ruido metálico —luego, pensé que debía de haber sido el golpe del guardabarros contra el bordillo al subirse a la acera—, un acelerón muy fuerte de motor, tan cerca que me volví instintivamente, sobresaltado, y un microsegundo después, un choque brutal que me lanzó contra la pared.

No veo nada más en mi recuerdo, salvo un estallido de cristales, un grito

larguísimo, que quizá fuera el mío, y una fila de zapatos delante de mis ojos.

Sin embargo, antes de los zapatos, hay una imagen que se empeña en volver: el rostro de un chico de mi edad, o algo mayor, de pelo más bien largo y ojos muy brillantes, extrañamente brillantes, al volante de una furgoneta negra. También recuerdo, aunque quizá sea un sueño, o una alucinación, o una pesadilla, que en la furgoneta, arriba, sobre la cara del conductor, había unas letras dibujadas para parecer griegas. Y un nombre: *Hermes. Mensajeros*.

Se lo habría dicho a la policía si me hubieran preguntado, pero no recuerdo que lo hayan hecho. No me acuerdo de nada, salvo del dolor en las piernas, como si algo hubiera estallado dentro de ellas; y en otros lugares que no puedo precisar.

A partir de ahí, nada. Oscuridad. Dolor. Silencio. Algo que late como un corazón, un latido caliente, obsesivo, doloroso.

Sé que en algún momento me pareció oler el perfume de Les; su mano fría en mi frente, en mi mejilla, pero sé que es posible que esté muerto y eso sea solo una película que me haya estado ofreciendo mi cerebro moribundo poco antes de desconectarse para ayudarme a superar el terror de morir a los dieciocho años. Solo. Sin Les.

## II



**E**l muchacho aparcó la furgoneta en la amplia explanada que se abría frente a la mansión y, sin molestarse en cerrar con llave, abandonó el vehículo, subió los cinco peldaños que llevaban a la puerta de entrada y llamó con la pesada aldaba de bronce.

Un instante después le abrió una criada de uniforme, de aspecto oriental, que lo acompañó a una salita decorada al estilo minimalista con un extraño objeto de color marfil que podría ser un sofá, un arreglo de bambú y orquídeas, y una especie de mesita baja cubierta de libros y revistas de temas esotéricos. La luminosidad grisácea de la mañana entraba por los ventanales sin marcar las sombras, creando una sensación de bidimensionalidad en la estancia, como si todo estuviera simplemente pintado y no tuviera espesor.

Un suave ruido de pasos alertó al visitante de que su anfitrión se acercaba.

Los dos hombres se quedaron mirándose unos segundos en silencio. Luego, una sonrisa se insinuó en ambos rostros, como si fueran las dos imágenes en un espejo.

—¡Cuánto tiempo, hermano!

—Sí. ¡Cuánto tiempo!

Se abrazaron y, un instante después, se separaron sujetándose aún por los antebrazos para poder contemplarse mejor.

—Sigues siendo tú, a pesar de todo —dijo el joven.

—¿A pesar de qué?

—Antes eras más grande, más fuerte. Siempre pensé que eras una montaña.

El anfitrión echó la cabeza atrás y rio con fuerza, con algo de león en sus movimientos.

—Lo fui, tal vez, joven hermano. Yo a ti siempre te vi como un halcón.

—Es mi destino, por lo que parece. Fue bueno oír tu voz al ¿teléfono? —los dos rieron suavemente—. Curioso que usen aún palabras de nuestra antigua lengua.

—¿Puedo ofrecerte una copa de vino?

—Con gran placer.

Unas palmadas bastaron para que la sirvienta trajera una botella y unas copas

en una bandeja de plata. La depositó en la mesa, sobre las revistas, y se marchó tan silenciosamente como había venido.

—¿Has averiguado algo de lo que te encargué? —preguntó el más viejo.

Había algo incongruente en su manera de tratarse, en su forma de hablar, que contrastaba con la extrema modernidad de la casa en la que se encontraban y con el estilo informal con el que se vestían. El joven llevaba vaqueros y un suéter azul marino, con capucha. El mayor, pantalones de lana gris, camisa azul claro y una americana oscura.

En vez de contestar, el muchacho sonrió misteriosamente.

—¿Eso es que sí?

—No me atrevo a asegurarlo, pero creo que he dado con ellas.

—¿Ellas? —el hombre exageró la ese para dejar clara su pregunta.

—Suponía que no te haría gracia, pero así es. Están juntas de nuevo.

—¿Dónde?

—En el mismo centro de la ciudad, como puedes suponer.

—Sí. Siempre les han gustado las aglomeraciones. La «vida», como la llama la madre de Koré —hizo una pausa, llenó las copas de tinto y le ofreció una al joven—. Pruébalo, es excelente. Casi resulta imposible creer que se trate de la misma bebida que siempre hemos llamado «vino».

El muchacho tomó un largo sorbo con los ojos cerrados. No chocaron las copas, ni brindaron de ningún modo, ni olfatearon la bebida antes de probarla.

—¿Qué te parece?

La sonrisa del joven iluminaba toda su cara.

—Que hemos tenido mucha suerte de estar aquí. Ahora.

Los dos se volvieron hacia los ventanales y se quedaron mirando el jardín, el vuelo de los pájaros desconocidos que cruzaban el cielo.

—¿Cumpliste la otra misión que te encargué?

—Sí, por supuesto. No fue difícil. Usar el vehículo fue una buena idea, pero...

—¿Pero?

—No ha sido definitivo.

—Explícate, hermano.

—El joven sigue vivo. Inconsciente, pero vivo. No chocó contra la pared, sino contra un escaparate, que se rompió y amortiguó el golpe.

—Le haré una visita yo mismo.

—Como quieras.

Hubo otro largo silencio.

—Dame la dirección de Koré, por favor.

El visitante sacó un papel del bolsillo del suéter y se lo tendió sin comentarios.

—¡Ah! —añadió el mensajero—, sobre el otro asunto, el del muchacho... Quizá quieras saber que hay una chica en el hospital que lo acompaña. No se separa de su lado. Parece que lo ama de verdad.

—¿Una chica?

*La imagen de Lessa apareció en la mente del dueño de la casa, enviada por el joven visitante.*

—¡Ah! *La bella niña de la hermosa voz; la oí cantar aquella noche en que lo descubrí a él. ¿Sabes que estuve dudando sobre cuál de los dos debía venir a vivir a casa?*

—¿Y lo elegiste a él?

—*Temía que, a pesar de que a mí nunca me han gustado las jovencitas, Koré malinterpretara la situación si traía a una muchacha tan bonita y tan joven. No tendrá ni dieciocho años...*

—*Los celos de las mujeres pueden ser terribles, te doy la razón.*

—*No es conveniente darle más justificaciones para negarse a venir a casa. Ni a ella ni a su maldita madre.*

*Terminaron el vino sin palabras hasta que el más joven de los dos dejó la copa en la bandeja y se volvió hacia el otro.*

—¿Necesitas algo más de mí?

—*De momento no. Pero estoy seguro de que muy pronto necesitaré de nuevo tus servicios, en cuanto decida cómo voy a ponerme en contacto con Koré para ofrecerle mi casa, que es la suya.*

—*Me temo que primero tendrás que pasar por encima del cadáver de su madre.*

—*Eso sería lo mejor, efectivamente. Mas siendo quienes somos, querido..., la cosa no parece posible. A veces, ser de esta familia tiene sus desventajas.*

*El muchacho se echó a reír mientras se alejaba ya hacia la puerta.*



## Lessa

Cuando me desperté, me di cuenta de que alguien me había echado una manta por encima. Incluso así, me había quedado fría y estaba totalmente dolorida por haber dormido acurrucada en el suelo, en un rincón de la sala de espera.

Calculé, todavía con los ojos cerrados: era la tercera noche que pasaba en el hospital esperando, cada vez con menos esperanzas, que Ted abriera los ojos y me sonriera. Todas las tardes venía alguien de casa, a verlo a él, a darme ánimos a mí y a traerme cosas de comer; sin embargo, nunca me había sentido tan sola, en toda mi

vida. Ni siquiera me había dado cuenta de hasta qué punto me había acostumbrado a depender de Ted, a tenerlo siempre al alcance de la mano, de la voz, a considerar que éramos uno, aunque fuéramos dos. Por eso ahora me sentía como si me hubiera quedado paralítica de medio lado, o como si me hubieran cortado por la mitad y me faltara la otra parte.

Me puse de pie, me estiré y, aún estaba frotándome los ojos, cuando noté un revuelo en el pasillo y me acerqué a ver qué pasaba. Barbara, una de las enfermeras, acababa de salir de la habitación de Ted, y no parecía muy alegre. Me acerqué en silencio al mostrador de planta y me quedé quieta esperando a que me dijera algo. Ya había aprendido que cuanto más quieta y silenciosa estaba, más posibilidades había de que me dieran alguna explicación.

—Tiene fiebre alta. Debe de haber una infección en alguna parte, pero no está claro de dónde sale. Los médicos están ahora con él.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

Barbara me tendió una caja de bombones abierta.

—Anda, prueba uno. Seguro que no has comido desde hace siglos, y el chocolate es bueno para el alma.

—Toneladas necesitaría yo ahora para que me mejorara el alma —dije secándome las lágrimas con la manga.

—¡No pierdas la esperanza, mujer! ¡Venga, come!

Se encendió una luz en el tablero y Barbara se marchó a toda prisa con un rápido saludo. Yo me volví hacia la ventana por la que se adivinaba la cama de Ted rodeada de figuras con bata y me obligué a masticar aquella papilla dulzona que me llenaba la boca.

Había un hombre junto a la ventana, mirando lo que sucedía en la habitación. Era alto y fuerte, con una barba bien recortada y el pelo oscuro, ondulado y bastante largo; debía de tener unos cincuenta años. Iba muy bien vestido, casi demasiado para un hospital.

Me coloqué a su lado, molesta por que estuviera allí, en el que yo consideraba mi sitio, y que nadie le hubiera dicho que era de muy mal gusto lo que estaba haciendo. Al fin y al cabo, no es como si fuera de la familia: era un perfecto desconocido que miraba por aburrimento o por puro *voyeurismo* mientras Ted estaba inconsciente, rodeado de médicos.

—¿Es su hermano el paciente? —me preguntó de golpe.

Tenía una voz muy agradable, voz de bajo.

—Mi novio —contesté sin poder evitarlo.

—Parece que está muy mal.

Sentí como si me hubieran dado una patada a la altura del estómago. Claro que estaba muy mal; eso lo sabía yo mejor que nadie, pero me resultaba inaceptable que me lo dijera un desconocido.

—Perdone, señorita, he sido muy brusco. Lo lamento.

Asentí con la cabeza aceptando sus disculpas, aunque hubiera preferido darle un par de bofetadas. Maldije la educación que me habían dado en el orfanato, que me obligaba a comportarme con corrección.

—Se siente uno tan impotente frente a ello, ¿verdad? —continuó el hombre, al que al parecer no le importaba que yo no tuviera ganas de conversación—. Uno desearía a veces poder cambiarse por la persona que sufre; el amor hace esas cosas.

—Sí —dije muy bajito.

—¿Lo haría usted, si pudiera?

—¿Qué?

—Cambiarlo por él.

—Sí —dije sin pensarlo siquiera porque ya lo había pensado muchas veces, mientras los minutos se estiraban como horas en la sala de espera.

—Parece que lo quiere usted mucho, hija mía.

—Sí —me eché a llorar sin poder controlarlo.

—Es un gran músico —dijo el hombre.

Me quedé de piedra.

—¿Conoce usted a Ted?

—Lo oí tocar hace poco, en la sala Averno. Lo acababa de contratar para que tocara en mi casa, para mis invitados.

—No sabía nada... —murmuré.

—Supongo que él quería darte una sorpresa con lo que ganara en mi fiesta —el hombre había pasado a tutearme, sin preguntarme si podía hacerlo, pero no me importó.

En ese momento se abrió la puerta y salieron los cuatro médicos que habían estado con Ted. Me acerqué a ellos con la esperanza de que me dieran alguna información pero, a pesar de que llevaba tres días allí, aún no se habían puesto de acuerdo en si debían tratarme como familia o si era una simple amiga, y por tanto me hablaban lo menos posible. Como si ellos fueran dioses del Olimpo jugando con la vida de los mortales. Hacían que me sintiera pequeña, tonta, transparente.

—¿Sigue teniendo fiebre? —me atreví a preguntar.

El médico jefe me miró como si fuera una cucaracha parlante, se dio la vuelta y echó a andar por el pasillo seguido de los demás. Uno más joven, de barba rubia, se acercó rápidamente echando miradas por encima del hombro para que los otros no desaparecieran sin él.

—Aún no sabemos si responderá al tratamiento —me dijo—. Y te juro que estamos haciendo todo lo posible. Además, él es joven y fuerte. Ahora vamos a dormirle durante un par de días para que su cuerpo pueda luchar sin tener que atender a otras funciones. ¡No pierdas el ánimo!

Cuando se marchó el médico y me volví hacia la ventana de la habitación de Ted, el hombre con el que había estado hablando ya no estaba.



*Las dos mujeres ocupaban una mesa en el restaurante del Sofitel, a muchos pisos sobre las calles de la ciudad, con toda Viena iluminada desplegándose a su alrededor y el techo cambiando de formas y colores, lo que producía la sensación de que el local era una pompa de jabón suspendida en el aire.*

*Acababan de pedir la cena y, mientras llegaba, habían empezado a disfrutar de una copa de vino español. Tras los cristales, la nieve caía casi vertical, como en un pisapapeles particularmente disciplinado.*

*La mayor de las señoras dio un sorbo de su copa, paseó la vista por el paisaje nocturno, un cielo invertido lleno de estrellas de colores, esbozó una sonrisa y suspiró.*

*—¡Qué belleza, Koré! Es infinitamente mejor que la última vez; estoy impresionada de verdad con lo que han conseguido. ¡Fíjate, está nevando!*

*—Sí, madre. Ya hace rato.*

*La mujer sacudió la cabeza, impaciente.*

*—Me refiero a que está nevando en el mundo y, sin embargo, tú estás aquí, conmigo, estamos juntas.*

*Alargó la mano hasta la de su hija y le dio un apretón cariñoso.*

*—Tienes razón.*

*Koré sonrió a su madre sin que sus ojos llegaran a iluminarse, y desvió la vista hacia el exterior con una repentina expresión de tristeza.*

*—¿No me dirás que echas de menos a ese patán? —la señora parecía escandalizada.*

*—Es mi esposo, madre.*

*—Un marido que consiguió serlo con un truco sucio.*

*—No es cierto, y tú lo sabes. Lo del truco sucio, caso de ser así, fue la manera de obligarme a vivir en esa casa durante un cierto tiempo, pero por lo demás, no me negarás que se comportó de una manera muy generosa. Tres meses al año con él, nueve meses en completa libertad. No conozco a muchos maridos que estuvieran dispuestos a un arreglo tan liberal.*

*La mujer apretó los labios, sin dignarse a contestar.*

*—Sé que no te gusta que te lo diga, madre, pero creo que tienes un prejuicio en su contra y a veces me pregunto si no habrá llegado ya el momento de darle una oportunidad real a un esposo que, ciertamente, yo no elegí, pero que siempre se ha portado bien conmigo. Ahora tenemos otra posibilidad y creo que no deberíamos desaprovecharla.*

*—Haz lo que mejor te parezca, hija. Lo vas a hacer de todos modos, no necesitas mi permiso.*

*—No te enfades. Tú eres mi madre, siempre lo serás, nadie puede cambiar eso;*

*no importa quién sea mi marido, no importa dónde viva. Tú siempre serás mi madre y siempre te querré.*

*Se sonrieron, primero con cierta renuencia por parte de la mayor, luego con auténtico afecto.*

*—¿Se ha puesto ya en contacto contigo, Koré?*

*Ella asintió, mordiéndose el labio inferior.*

*—Nunca he podido ocultarte nada, madre. Para ti soy transparente.*

*—¿Y qué vas a hacer?*

*—Le he prometido ir a visitarlo.*

*La señora dio un bufido y se acabó el vino que quedaba en la copa.*

*—Yo me iré al sur mientras tanto. El invierno no me sienta bien. Cuando estés dispuesta a volver, avísame.*

*—Para la primavera, como siempre.*

*—Habrá primavera cuando vuelvas tú, preciosa mía. Solo entonces. Como siempre.*

*Un camarero de gestos exageradamente femeninos les puso delante el primer plato mientras les explicaba con voz engolada lo que iban a comer, cosa que sabían perfectamente porque era lo que ellas mismas habían pedido.*

*Sobre el paté de foie brillaban como rubíes unos granos de granada.*

*Ambas levantaron la vista del plato a la vez, y se sonrieron con picardía.*

*—No vuelvas a cometer el mismo error, Koré.*

*Koré se echó a reír.*

*—Ahora ya no importa, madre. Además, tú sabes que siempre me ha gustado la granada.*



## Ted

A veces era como estar viviendo dentro de una pesadilla: había figuras que se acercaban a mí gesticulando, moviendo los labios sin que de ellos saliera ningún sonido; figuras que desaparecían o se transformaban en otras sin que me diera cuenta de cómo había sucedido. Unas veces el calor me ahogaba y sentía que los labios se me secaban sin que la lengua pudiera llegar a humedecerlos; otras veces tenía mucho frío y temblaba, pero creo que nadie llegaba a darse cuenta. El dolor era constante,

aunque supongo que me daban sedantes para que no fuera tan terrible.

Lessa aparecía en mis sueños: su rostro entrevisto a través de un cristal empañado, cubierto de escarcha, su mano moviéndose en una despedida, sus lágrimas calientes cayendo sobre mí, sobre mi cama, sobre mi tumba; las ramas desnudas de los árboles frotándose entre sí al viento, como manos esqueléticas que aplaudieran el final de una función de fantasmas, contra un cielo que se iba volviendo violeta.

Les, vestida de rojo, con los ojos cerrados. Su voz cálida y redonda, como un buen vino junto al fuego, diciéndome que tengo que aguantar, que tengo que ponerme bien, que no puedo abandonarla.

No podía hablar, aunque a veces oía lo que estaban diciendo a mi alrededor: que no se explicaban qué me estaba pasando, por qué no reaccionaba, de dónde venía esa fiebre...

Yo tampoco lo sabía, pero había empezado a ver un jardín cubierto de nieve frente a una casa enorme con todas las ventanas iluminadas, una casa de la que salía música como sale el agua de una fuente.

A través de la gran verja de hierro negro, veía con toda claridad el camino que llevaba a los escalones de la entrada —eran cinco y había un león de piedra a cada lado—; veía la puerta de madera oscura con una aldaba de bronce; sabía que si llegaba hasta allí me dejarían entrar —porque me estaban esperando— y entonces empezaría de verdad la música.

Pero sabía también que entonces olvidaría el mundo de fuera y nunca volvería a ver a Les.

Por eso luchaba por quedarme en este lado, aunque era cada vez más difícil, más y más difícil. Porque había disonancias en la música, y algunos instrumentos no estaban bien afinados, y yo sabía lo que había que hacer para que todo sonara como debía, para que todo fuera perfecto. No tenía más que llamar con la aldaba, entrar en la casa y sumergirme en la música.



*—Hacía mucho que no veía nevar —comentó Koré por encima del hombro cuando tuvo la seguridad de que su esposo la contemplaba desde la puerta del salón.*

*Entonces se dio la vuelta y lo miró de frente.*

*Él sintió un ahogo en el pecho al verla enmarcada por los ventanales tras los que el jardín nevado parecía un telón de teatro, blanco, esponjoso, espectral. Iba vestida de rojo y su largo pelo negro contrastaba con toda la blancura exterior. Era bellísima. Más incluso de lo que él recordaba.*

*Se acercó a ella con la mano extendida. Su esposa la tomó y se dejó abrazar sin resistencia. Su cuerpo era cálido, joven, flexible.*

—¡Cuánto tiempo, Koré, amada mía!

—¡Cuánto tiempo, Aides!

—¿Has venido a quedarte? —le preguntó al oído.

—Nunca has sido especialmente sutil, esposo mío. ¿Tanto te urge la respuesta?

—No hay nada tan importante para mí.

Ella se separó de él y lo miró fijamente, como buscando asegurarse de la sinceridad de sus palabras. Por fin dijo:

—Estoy dispuesta a intentarlo.

Él la abrazó con fuerza.

—Ven conmigo, Koré. Te enseñaré la casa; la parte visible y la invisible. Te he preparado la mejor estancia, por si aceptabas quedarte conmigo. Y muy pronto daremos una fiesta, una gran fiesta para todos nuestros huéspedes, con un músico excepcional que traeré solo para ti, para celebrar tu vuelta y mi alegría. Un muchacho muy joven con un talento extraordinario.

—¿Uno de tus invitados?

—Aún no, pero pronto. Ya casi ha llegado.

Koré sacudió la cabeza.

—No, Aides, así no. No debes traerlo si no era su destino.

—Ven, amada mía, esta vez todo será mejor, te lo prometo. No te preocupes por nada. Todo se hará como deseas.



## Lessa

Llevaba más de una semana en el hospital y, aunque sabía que no debía dejarme llevar por la tristeza, ya no podía evitar el pensamiento casi constante de que Ted no conseguiría salvarse. Ahora lo habían sacado de ese extraño sueño inducido y, aunque parecía más vivo, se notaba que sufría: se movía en la cama como si estuviera teniendo pesadillas, gritaba a veces, otras veces se notaba que estaba oyendo una música y trataba de cambiarla o mejorarla. A veces abría los ojos de golpe, intentaba enfocarlos y volvía a dejar caer la cabeza y los párpados, agotado, sin haberse dado cuenta de que yo estaba allí a su lado.

Ya casi ni me molestaba en preguntar a los médicos porque ellos tampoco sabían qué estaba pasando y, como no querían confesarlo, se volvían desagradables y

agresivos conmigo. Más bien me escondía cuando pasaban visita para que a nadie se le ocurriera echarme de allí.

La gente de casa seguía viniendo, pero se les notaba que estaban cansados, ya que, ahora que se acercaba la Navidad, tenían mucho que hacer y que preparar, cosas importantes en el mundo real, cosas de vivos.

De vez en cuando bajaba al vestíbulo del hospital, cuando ya no aguantaba más, y echaba unas monedas en el terminal para entrar en Internet y enterarme un poco de lo que estaba pasando en el mundo de fuera.

En Facebook el accidente de Ted ya no era tema. Ahora todo giraba en torno a las fiestas de Navidad, los regalos, los viajes, los planes para la Nochevieja... Todo se llenaba de fotos de unos y otros tomando vino caliente en los mercadillos de Adviento, de chicas vestidas de rojo y blanco, mezcla de conejita de *Playboy* y Papá Noel, de chicos con traje en un baile u otro. Todo eran anuncios de fiestas de despedida, de actuaciones de distintas bandas, de conciertos navideños... Nadie se acordaba ya de Ted y de mí, solos en el hospital.

Anni, una de mis compañeras de cuarto, había venido de visita dos veces, y Nanni, los primeros días se había pasado varias veces, pero ahora había empezado a salir con un chico y no tenía tiempo ni atención para nada más.

Claudia me había dicho que la hermana Fulgencia, una de las monjas mayores que se habían quedado a vivir con nosotros cuando el orfanato pasó de ser una institución religiosa a una estatal, había estado muy enferma, a las puertas de la muerte, pero que parecía que se estaba curando y aún podría disfrutar de otra Navidad. Y yo no dejaba de pensar que no era justo que la hermana Fulgencia, con sus noventa años, se hubiera puesto mejor y que Ted, con dieciocho...

Además de que a ella nadie la necesitaba ya, mientras que Ted era imprescindible. ¿Qué iba a hacer yo sin él? ¿Qué iba a ser de mi vida si él...?

Yo nunca había sido particularmente religiosa. Sin embargo, como no podía pasarme todo el día en la sala de espera que mientras tanto se había convertido en una sala de desesperación, me había aficionado a bajar a la capilla del hospital que servía de templo para todas las confesiones. La Sala Ecuménica, la llamaban. Allí había paz, olía a flores, no a medicinas o a rancho de cantina, y a veces había también una música muy suave, de esas que llaman «música de las esferas» o «música de meditación».

Siempre que me sentaba allí, en una de las sillas de madera clara con su cojín verde, me concentraba en la Virgen. No la veía con un rostro definido, sino solo formas suaves y envolventes, maternas. Y sin darme cuenta, le pedía que salvara a mi Ted, que lo protegiera, que hiciera que volviera a la vida, que volviera a mí. Y algunas veces, al cabo de un rato, me sentía mejor, más tranquila, como si una pequeña llamita de esperanza se hubiera encendido en mi interior.



*La hermosa mujer rubia se movía por el invernadero con gracia felina pero, como un gran gato, daba la sensación de estar encerrada y de querer salir de allí.*

*—Sabes que detesto esta casa, Koré —estaba diciendo—. Habría preferido que nos viéramos en otro lugar.*

*—Yo también, hermana, pero sabes que no debo salir de aquí. He dado mi palabra a Aides.*

*—Yo he dado mi palabra a mucha gente al cabo de los siglos —contestó con una sonrisa—, entre otros a mi esposo, y eso nunca me ha impedido hacer lo que me ha parecido bien.*

*—Somos muy distintas, Ditta. ¡Vamos, toma asiento! Estás empezando a ponerte nerviosa con tanto paseo. ¿Qué puedo hacer por ti?*

*—Iré al grano —se pasó las manos por la larga, ondulada, melena rubia y se quedó mirando a Koré con sus bellos ojos azules—. Tu esposo —Koré suspiró—, sí, lo lamento, querida, pero tiene que ver con él lo que tengo que decirte. Tu esposo se ha encaprichado...*

*Koré se envaró perceptiblemente.*

*—No, no es lo que estás pensando, déjame acabar. Se ha encaprichado de un muchacho, un joven músico, de quien quiere apropiarse para poder ofrecerte su música como regalo. ¿Te ha dicho algo ya?*

*—Sí. Nada más llegar a la casa, pero ya le he dicho que no quiero aceptarlo porque sería una intromisión en su destino.*

*—No tiene más que dieciocho años, está empezando a vivir. Y está profundamente enamorado de una chica de su edad, que canta como una joven diosa, y que lo quiere. No podemos separarlos, Koré. Ella, la chica, ha estado ofreciéndome sus plegarias.*

*—¿A ti? —era evidente la sorpresa e incluso la incredulidad en la voz de Koré.*

*Ditta sacudió la cabeza, impaciente.*

*—No, claro, no a mí. Nadie se acuerda ya de nosotros, hermana, pero todo el que ama y necesita ayuda me la pide a mí, aunque no lo sepa. Y como acabo de volver a la vida, me siento agradecida y feliz, y me gustaría ayudar a esa niña, pero para ello necesito que tú me ayudes a mí.*

*—¿Qué esperas que haga yo? Aides está ilusionado con ese regalo, ¿cómo voy a decirle que no?*

*—Dile que permita que venga otro músico en su lugar.*

*—¿Quién?*

*—No importa. Ni siquiera importa que sea músico. Tú has oído ya mucha música; podría regalarte otra cosa. Lo que Aides quiere es una vida. Le ofreceremos otra a cambio. Si tú dices que estás de acuerdo, no podrá protestar.*

—¿Y de dónde vamos a sacar a otro que quiera ocupar el lugar del joven músico?

*Ditta se encogió de hombros mientras sonreía esplendorosamente.*

—Eso ya no es problema nuestro, hermana. Si te parece, enviaré a Hermes a hablar con la muchacha y a ofrecerle la solución. El chico es un gran músico, tiene una enormidad de admiradores, amigos, personas que lo aprecian, que le aplauden, gente a la que él ha ayudado a lo largo de su corta vida... Es posible que alguno esté dispuesto a cambiarse por él.

*Koré miro a Ditta con expresión dubitativa.*

—En cualquier caso, al menos lo hemos intentado —continuó—. Sabiendo que cuento con tu apoyo, voy a probar. Considéralo un experimento como el que llevamos a cabo hace tantos siglos, ¿recuerdas?

—Sí, lo recuerdo, pero entonces contamos con la ayuda de Helios y del Perseida. Y los enamorados a los que conseguimos salvar eran Admetos y Alkestis, un rey y su reina, no un par de adolescentes sin ninguna importancia.

—Los tiempos cambian, dulce hermana. Tengo que irme.

*Koré se puso en pie y acompañó a su visitante hasta la puerta.*

—¿Sabes cuántos de nosotros hemos vuelto a la vida? —preguntó mientras Ditta se ponía el abrigo y el gorro de piel.

—Lo ignoro. Pocos, me temo. Y también me temo que no va a durar mucho, Koré. Hay algo frágil y precario en esta existencia actual, ¿no lo notas tú también?

*Koré asintió con la cabeza, se abrazó el cuerpo y se frotó los brazos como si, de repente, tuviera frío.*

—Por eso hay que disfrutar de la vida cuando se tiene —continuó Ditta, ya con la mano en el picaporte de la puerta—: disfrutar de tener un cuerpo cálido, unos labios para poder besar, un paladar para apreciar el vino, unos oídos con los que sentir la música... Vivamos mientras nos sea posible. Luego, dormiremos en la oscuridad.

*Cuando Ditta se hubo marchado, Koré se quedó aún unos segundos mirando la puerta, tratando de recordar cómo era no existir.*



## **Lessa**

No sé exactamente cuándo apareció por el hospital, por la sala de espera que ya se

había convertido en mi sala de estar, en mi habitación, en el lugar donde se desarrollaba mi vida.

Sé que en cuanto lo vi pensé que lo conocía de algo, pero tardé mucho en darme cuenta de cuándo lo había visto, de por qué me sonaban tanto su cara, sus ojos brillantes, su pelo largo y esa barba de tres días que de algún modo quedaba tan bien con su sonrisa.

Estaba acostumbrada a ver a alguien en la sala de espera durante un par de horas, a algunos incluso durante dos o tres días, y luego dejar de verlos, en cuanto la persona que estaba en la UVI mejoraba y podían marcharse de allí. Casi nadie se tomaba el tiempo de despedirse; o quizá era simplemente que trasladaban al enfermo y el acompañante tenía que recoger rápidamente todas las cosas que habían quedado en el armario y en la mesita, y darse prisa en llegar al nuevo departamento donde ahora estaría instalado hasta que se pusiera del todo bien.

Lo que sí recuerdo con claridad es que me sonrió como si nos conociéramos ya y vino a estrecharme la mano.

—Hermes —me dijo, a modo de presentación.

—¿Como la marca cara francesa?

—Ellos lo copiaron de mí —contestó con una sonrisa llena de dientes blancos.

—Celeste.

Nos sonreímos, aunque sonreír era algo que empezaba a resultarme difícil porque cada vez era más evidente que Ted no mejoraba, que estaba peor, que cada día que pasaba era un día más cerca del final, aunque yo no quisiera creerlo todavía.

Yo seguía sin recordar de qué conocía a aquel chico.

—¿A quién tienes aquí? —pregunté.

—A nadie. He venido a verte a ti.

—¿A mí?

Su respuesta me había dejado de piedra.

—He venido a proponerte algo.

Me quedé mirándolo sin pestañear. Había algo en su expresión que no conseguía definir, pero que me ponía muy nerviosa.

—Anda, ven, vamos a salir un momento al balcón. Creo que necesitas aire fresco.

Salimos juntos al pequeño balcón que había en la sala de espera, donde todos los fumadores iban a entretener el tiempo cuando no aguantaban más. En ese momento era de noche y estaba desierto, como todo el hospital. Desde allí se veían las luces de las calles, engalanadas para la Navidad: ángeles tocando la trompeta, coronas de acebo, estrellas y campanas.

—¿Cuántos amigos tiene tu novio? —me preguntó a bocajarro.

—Muchos —contesté sin pensar, en lugar de preguntarle cómo sabía que yo estaba allí por Ted o por qué me hacía una pregunta tan absurda—. Solo en Facebook, más de quinientos.

—Ya. Pero yo lo que quiero saber es si tiene amigos de verdad, de los que

estarían dispuestos a dar su vida por él.

—Nadie tiene amigos que estén dispuestos a una cosa así. Aparte de que no serviría de nada. Cada uno tiene su destino y tiene que pasar por lo que le toca.

—¿Y si yo te dijera que sí?

Recuerdo que sacudí la cabeza como si estuviera tratando de quitarme el agua de los oídos.

—Escúchame, Celeste —no sé por qué, pero me extrañó que se acordara de mi nombre—. Tengo una propuesta para ti. Si en el plazo de tres días consigues que alguien esté dispuesto a cambiar su destino por el de Ted, su vida por la de él, se salvará.

Me quedé mirándolo fijamente, sintiendo que lo decía en serio, aunque no podía ser más que una broma de mal gusto. De muy mal gusto.

—No te cuesta nada probar —insistió—. Hagas lo que hagas, él seguirá ahí, cada día un poco más cerca de la muerte. Puedes tomártelo como un experimento social. Infórmate. Pregunta. Averigua si alguno de todos esos amigos..., ¡quinientos!, ¡qué impresionante!, estaría dispuesto a morir por él.

—¿Cómo voy a hacer una cosa así?

—Toma —me ofreció una *tablet* de última generación—. Para ti. Así ya no tienes excusa.

—Pero ¿quién eres? ¿Qué quieres de mí, de nosotros?

—Nada, Celeste; solo quiero ayudar. Y además, ya te lo he dicho, es una especie de experimento. Volveré dentro de un par de días.

Se marchó sin despedirse, sin usar el ascensor. Abrió la puerta que daba a las escaleras y desapareció, dejándome conmocionada.

Apretando la *tablet* contra el pecho, me aseguré de que no hubiera nadie en el cuartito de las enfermeras —debían de haberse ido un segundo a la cafetería a tomar algo o estarían con su ronda— y me metí sigilosamente en el cuarto de Ted, que estaba casi a oscuras, iluminado solo por las lucecitas verdes y rojas de las máquinas que lo mantenían con vida, aunque aquel estado no era vida realmente.

Me acerqué y le acaricié la mejilla sin afeitarse. Tendría que pedirle a Barbara que me dejara afeitarse o que lo hiciera ella. Me daba pena verlo tan delgado, tan gris, tan descuidado.

—Ted, mi amor —dije muy bajito—, ¿qué puedo hacer? ¿Crees que debería probar?

Como suponía, no me oyó ni reaccionó de ninguna manera.

Los médicos me habían dicho que lo estaban manteniendo de nuevo en aquella especie de coma a propósito, para intentar que su cuerpo se curara sin tener que preocuparse de hacer nada más. Pero yo temía que, si seguía así, acabara por acostumbrarse a no ser y no despertara jamás.

—¿Quieres que pruebe? —insistí.

Lo más natural habría sido pensar que el tipo que me acababa de hacer esa

propuesta era un loco que estaba tratando de volverme loca a mí. Sin embargo, sin saber exactamente por qué, sentía que no era cierto, que no estaba loco, que era extraño, eso sí, muy extraño, pero que estaba perfectamente cuerdo y que el trato que me había ofrecido era posible.

¿Sería el diablo?

En la escuela y en el instituto, a lo largo de los años, habíamos leído unas cuantas obras en las que el diablo se le aparece a alguien y le ofrece un trato: darle la eterna juventud, o el poder, o la belleza, o riquezas inconmensurables, a cambio de su alma.

A mí Hermes —suponiendo que fuera ese su nombre, aunque sonaba más bien a *nick*— no me había ofrecido nada, ni me había dicho que tuviera que firmar con sangre en ningún sitio. Ningún diablo de los que yo había oído hablar me habría propuesto publicar algo en Facebook.

Besé a Ted suavemente en los labios, le puse un poco de crema de propóleos porque se le habían quedado muy secos y se le estaban cortando, y salí del cuarto en silencio, pensando en qué podía hacer.

## Ted

La casa estaba cada vez más presente. En cuanto me relajaba y cerraba los ojos —curioso que yo pensara que cerraba los ojos cuando de hecho siempre los tenía cerrados— veía los peldaños de la entrada, las luces en las ventanas, la música que llegaba al jardín cubierto de nieve, que era casi el recuerdo de una música, lejana, un poco distorsionada, ligeramente desafinada, como si me estuviera esperando a mí, solo a mí.

A veces aparecía Les y me besaba. En la frente, en las mejillas, en los labios resecaos y cuarteados. Yo quería responder, moverme aunque solo fuera un poco para decirle que estaba allí, que sabía que ella estaba a mi lado, que le estaba infinitamente agradecido por venir a verme de vez en cuando. Pero creo que nunca llegué a conseguirlo.

Y con el tiempo, o el no tiempo en el que me sentía flotar, la casa se iba haciendo más real, más sólida, más presente, mientras que lo demás se iba haciendo frágil, incorpóreo, irreal.

Sentía que no tenía más que decidirlo, desearlo, para soltarme de las amarras que me sujetaban al muelle de la vida y lanzarme a navegar por los mares de la noche, los que me llevarían al puerto donde me esperaba aquella casa, que ahora estaba en medio de un jardín nevado que no era más que apariencia, una tramoya de teatro de cartón piedra que solo engañaba a los espectadores, no a los actores de aquella hermosa tragedia.

Solo tenía que decirle adiós a Les, ¿de quién más iba a despedirme?, dejarme llevar y tocar a aquella puerta de la aldaba de bronce que se me abriría de par en par. ¿Y después?

Después la música. La inimaginable compañía de aquellos huéspedes eternos. El señor Averno me estaría esperando al pie de la escalinata con los brazos abiertos y una sonrisa en el rostro para darme la bienvenida. A mí. A su músico de cámara.

¿Qué pasaría con Les, entonces?

Cumpliría los dieciocho sin mí, sin el anillo que ya había comprado, que estaba guardado en mi escondrijo secreto, ese lugar en el orfanato que nadie, salvo yo, conocía; sin mi amor ni mis caricias ni mi promesa de estar siempre a su lado, de cuidarla hasta el fin de mis días.

Nunca pensé que el fin de mis días estuviera tan cerca.

¿Y luego?

Lloraría mucho durante unas semanas, unos meses quizá. Tal vez Claudia se preocupara tanto que arreglaría los papeles para que Les fuera a un psicólogo que la ayudara a superar el trauma de perderme, de perder todo el futuro que habíamos soñado juntos. Y poco a poco, dejaría de llorar todo el tiempo; volvería a sonreír, aunque muchas veces se le llenarían los ojos de lágrimas recordando cosas que habíamos hecho juntos, planes que nunca se harían realidad. Después acabaría por animarse a entrar en el Conservatorio, y al principio no haría más que estudiar, practicar, cuidar de los pequeños en el orfanato, hacer trabajos sueltos para ir ahorrando algo. Se apuntaría a un coro, o haría audiciones para cualquier cosa que le permitiera ganar dinero con la música, o se dejaría convencer para cantar en una banda de *jazz* y sacarse algo con *gigs* ocasionales.

Les era una artista, como yo, pero igual que yo, también era una huérfana y sabía que hace falta mucho dinero para sobrevivir, que no se puede vivir solo del Arte con mayúsculas.

Quizá incluso se animara, al cabo de un tiempo, a buscar a un buen pianista y cumplir una de nuestras ilusiones: conseguir un contrato para un transatlántico o un crucero por el Caribe, y pasar un par de meses en alta mar, cantando por las noches para los turistas, tomando el sol por las mañanas, haciendo el amor por las tardes en el diminuto camarote interior. Pero ya no lo haría conmigo, porque yo no estaría ya.

Y más tarde, cuando ya tuviera veinticinco o veintiséis años y hubiera terminado la carrera de canto, entonces quizá empezaría a hacer pequeños papeles de solista en diferentes óperas, a viajar, a madurar como cantante y como persona. Y un día — lejano quizá— volvería a enamorarse y, caminando por la Kärntnerstrasse bajo la nieve, después de la función de la Ópera, donde él habría ido a recogerla a la salida de artistas, le hablaría de mí, de un chico de su orfanato a quien quiso tanto que pensó que se volvería loca sin él. «Ted murió en un accidente, imagínate —le diría, apretándose contra él—, justo después de su cumpleaños, dieciocho, y me dejó sola. Pensé que no podría soportarlo... pero ya ves... ahora te tengo a ti».

Y juntos cruzarían la noche hasta llegar a un piso pequeño y coqueto, como el que nos habría gustado tener a nosotros, y aún tomarían un vino para celebrar el éxito y se meterían en la cama, abrazados.

Para que eso sucediera, yo solo tenía que dejarme llevar ahora, dejar de luchar, decirle al señor Averno que había decidido aceptar su invitación para ir a tocar a su casa. ¿No lo había hecho? ¿No le había mandado ya un SMS?

Sí. Había aceptado. Le había dicho que aceptaba.

Entonces, ¿por qué no venía? ¿Por qué no me llevaba consigo ya? ¿Por qué no hacía que dejara de doler de esta manera? ¿Por qué no ponía fin a mi dolor y me abría las puertas de su casa?



*¡Juas, juas, qué gracia me ha hecho tu anuncio, Lessa!*  
¡Guay, tía, increíble!  
Oye, Lessa, ¿se te ha ido la olla del todo?  
Vale, me apunto. ¿Hay que firmar con sangre o basta escupir? :—D  
No lo pillo. ¿Es una broma? ¡Feliz Navidad!  
Te juro que no le veo la gracia, Les. Ya me lo explicarás. ¿Ha sido idea de Ted o se te ha ocurrido a ti sola?  
El humor negro no es lo tuyo, guapa.  
72 comentarios, todos negativos o preocupados.  
A 275 personas les ha gustado.  
A 14 no.

## Lessa

Sentada en el suelo, cerré la tapa de la *tablet*, me abracé las rodillas, apoyé la cabeza en los brazos y, sin darme bien cuenta de lo que hacía, me eché a llorar suavemente, despacio, casi en silencio, sintiendo cómo las lágrimas nacían en mis ojos y se deslizaban por las mejillas, rodando, sin que yo hiciera nada por detenerlas o por enjugarlas.

Sabía que era más que probable que la mitad de aquellos supuestos amigos hubieran leído mi mensaje al volver de alguna fiesta, y por eso no hubieran comprendido de qué se trataba; pero también sabía que la otra mitad lo habrían leído bien sobrios y habrían pensado que me estaba volviendo loca. Seguramente yo habría

pensado lo mismo si hubiera estado en su lugar, pero de todas formas me dolía, me dolía muchísimo porque todos, o casi todos, sabían que lo de Ted era real, que el accidente había sucedido de verdad, que seguía en el hospital, aunque ellos nunca tuvieran tiempo para venir a verlo con sus propios ojos, y que su vida estaba realmente en peligro.

Pero ¿cómo iban a creerse que su salvación era posible si alguien se ofrecía a cambiarse por él? ¿Y quién, aunque lo creyera, iba a estar dispuesto a hacer algo así?

No había que engañarse. Una cosa era aplaudirle después de una actuación o ponerle ojitos o decirle en un arrebató que una estaría dispuesta a hacer cualquier cosa por él, y otra era hacerlo. Aparte de que nadie en su sano juicio creería en esa posibilidad mágica o diabólica que yo había sido tan ingenua —de hecho tan imbécil— como para poner en Facebook al alcance de todo el que se quisiera reír de mí, de nosotros.

¿Y ahora?

En cualquier momento volvería Hermes y, con esa sonrisa atractiva y arrogante a partes iguales, me diría que era de esperar, que ya lo sabía, que eso de la amistad no era más que un cuento chino, que nadie está dispuesto a nada por otro, especialmente cuando se trata de su propia vida.

¿Quién era realmente Hermes? ¿Y el otro, el hombre mayor que había contratado a Ted? ¿Quiénes eran? ¿Qué pretendían? ¿Estaban relacionados? ¿Eran solo tipos ricos y aburridos que habían decidido jugar con los sentimientos de una chica que no tenía a nadie en el mundo, como yo? ¿O eran algo más? ¿Pero qué? ¿Magos? ¿Diablos?

¿Cómo podía yo estar pensando esas tonterías? Sin embargo, no podía evitarlo; porque, aunque fuera absolutamente absurdo, yo percibía que eran otra cosa, más allá de lo simplemente humano, que tenían un poder especial que los hacía distintos.

Sin darme cuenta, empecé a retorcerme los dedos de desesperación hasta que el dolor me hizo dejarlo. No había solución. Ted moriría por pura mala suerte, o porque era su destino, o por voluntad de Dios, y yo me quedaría otra vez sola en el mundo ahora que ya sabía lo que era estar acompañada por alguien que me quería de verdad.

Abrí los ojos que había cerrado intentando detener el flujo de mis lágrimas y vi a Hermes al fondo del pasillo, dirigiéndose hacia mí. Más atrás, recién salido de los ascensores y como si tuviera todo el tiempo del mundo, vi al hombre mayor que había contratado a Ted.

Entonces sucedió. Como un relámpago. De golpe tomé la decisión.

Antes de que Hermes llegase a mi altura, lo tenía todo pensado.

—Hola, Celeste —me dijo con dulzura—. ¿Qué tal ha ido el experimento? ¿Has encontrado a alguien que esté dispuesto a cambiarse por Ted?

Asentí con la cabeza, en silencio, y Hermes cambió de expresión. Creo que era la primera vez en mucho tiempo que alguien le había dado una auténtica sorpresa, que le había contestado algo que no se esperaba. Solo por eso había valido la pena

hacerlo.

Se acuclilló a mi lado, vibrando de curiosidad.

—Dime su nombre para que pueda ir a buscarlo y lo acompañe a la casa de Aides —y señaló al otro.

Lo miré fijamente a los ojos; esos ojos extraños que brillaban como anuncios de neón.

—Yo tomaré su lugar.

Pasaron unos segundos en los que los dos nos miramos en silencio, acuclillados en un rincón de la sala de espera.

—¿Estás segura? —preguntó por fin.

—Sí —contesté con un hilo de voz.

—¿Sabes que eso significa que abandonarás este mundo para siempre, que tú morirás para que él viva?

—Sí —volví a decir; no tenía fuerzas para más.

—¿Por qué? —me preguntó, aún asombrado por mi oferta.

Creo que me encogí de hombros durante medio segundo.

—Porque lo quiero. Porque no quiero tener que seguir sola. Porque él vale más que yo... O no... No es por eso. No sé... Porque lo quiero —repetí.

Al final todo quedaba en eso, lo demás no tenía importancia. Todo se resumía en esas tres palabras: «porque lo quiero», y en esos momentos morir por él, en lugar de él, me parecía una buena idea.

—Porque lo quieres... —repetió él—. Sí. Está claro que sí.

Me miró como nunca me había mirado nadie, ni siquiera en mis mejores actuaciones: con perplejidad, con incompreensión, como si yo no fuera de este mundo, con una admiración sin límites, casi con envidia, pensé. No sé si envidia porque yo era capaz de querer así a otra persona o porque alguien fuera tan importante para mí. Como si él nunca hubiera sentido algo similar en toda su vida. Hubo una pausa que se me antojó muy larga, y pensé por un instante que al final acabaría por decirme que todo había sido una broma, que no era capaz de hacer el cambio. O que, al contrario, estaba a punto de decirme que todo había sido completamente en serio y me tomaba la palabra. No sé qué es lo que me daba más miedo.

—Espera un momento —dijo por fin—. Hablaré con Aides.

Se levantó ágilmente, igual que un gato joven, y se marchó por el pasillo hacia la zona de los ascensores. En ese mismo momento el reloj hizo «clac» y cambió el minuto. Eran las once y diez de la noche y el hospital estaba desierto como un barco abandonado en alta mar.

Volví a abrazarme las rodillas, escondí la cabeza entre los brazos y cerré los ojos, esperando su regreso.

No quería pensar en lo que había hecho, en lo que estaba a punto de hacer si aceptaban mi oferta. No quería saber lo que significaba que, si todo aquello no había sido una broma de mal gusto, pronto, muy pronto, yo dejaría de estar viva, antes de

cumplir los dieciocho años.

Oí los pasos de Hermes acercándose y, de repente, me dio miedo alzar la vista y mirarlo. Así que no lo hice.

Sentí su mano apoyada en mi cabeza y sus dedos acariciándome el pelo.

—Aides acepta, Celeste —dijo con una voz tan dulce como la brisa entre los manzanos en flor—. Mañana Ted estará sano. He conseguido que tengas unas horas para despedirte de él. Mañana, cuando se ponga el sol, te espero en el aparcamiento del hospital. Si no vienes, te buscaré, te encontraré y te llevaré conmigo, por la fuerza si es necesario. Haz que no lo sea, Celeste. No puedes huir.

Supe en lo más profundo de mi ser que era verdad, que si no aparecía a la hora indicada en el lugar indicado Hermes me buscaría y me encontraría. Y supe que no sería agradable, a pesar de sus dulces ojos y su aparente suavidad.

Entonces recordé de dónde lo conocía: era el chico de la bicicleta, el que había conocido frente a la catedral de Sankt Stephan cuando iba con Nanni a comprar el regalo de cumpleaños de Ted en un tiempo pasado que ahora se me antojaba una eternidad atrás, en otra vida, algo que le había sucedido a otra persona, a una Les que no era yo; el chico que parecía mareado, como recién caído en aquel lugar. El mensajero.

## Ted

No sé explicar lo que sentí cuando abrí los ojos y vi la habitación que me rodeaba, y la comprendí, no como otras veces, cuando veía sin saber lo que estaba viendo. Era una habitación de hospital algo más sofisticada de lo normal, llena de máquinas con lucecitas rojas y verdes, muchos tubos, y una ventana que daba al pasillo.

Paseé la mirada por el cuarto sin mover más que los ojos y me fui dando cuenta de que podía enfocar la vista, que no tenía alucinaciones, que las imágenes eran claras, firmes, aburridas.

Estaba solo en la habitación, tumbado de espaldas en una cama caliente. No me dolía nada y eso me sorprendió; ya no me acordaba de cómo era despertarse sin dolor. Tampoco tenía fiebre, no me quemaban los ojos ni notaba los labios cuarteados como si hubiera estado arrastrándome por el desierto. Sabía que mi corazón latía con regularidad, que mi pulso era estable y que todo en mi cuerpo funcionaba perfectamente, como un reloj con pilas nuevas.

No me explicaba qué podía haber sucedido para provocar ese cambio que sentía en cada célula de mi cuerpo, pero en esos momentos no me importaba en absoluto; lo único que importaba era que me encontraba bien.

Mi primer impulso fue saltar de la cama y ver dónde estaba realmente, pero no

me atreví porque tenía una aguja clavada en el dorso de la mano; de allí salía una goma conectada a una botella que colgaba junto a la cama y que ya estaba casi vacía. Lo mejor sería esperar a que viniera alguien a desconectarme. O podía apretar el botón rojo y llamar a una enfermera para que me explicara qué había pasado, por qué estaba yo allí.

Tenía un recuerdo borroso de haber sufrido un accidente, de que una furgoneta me había atropellado cuando yo iba por la acera.

Si habían conseguido detener al conductor, eso podía significar que el seguro tendría que pagarme una indemnización. Empezaría a informarme en cuanto pudiera levantarme de la cama; esa podría ser la garantía de mi nueva vida, en cuanto terminara el Bachillerato y tuviera que salir del orfanato.

Sonreí y me estiré en la cama, casi feliz.

Eché una mirada a la mesita de noche buscando mi móvil para llamar a Les, pero no lo vi. A lo mejor estaba en el armario, o se lo habían dado a Les o a Claudia, para que no me lo robaran. Al no tener móvil, tampoco sabía qué hora era y, como la ventana de mi cuarto daba al pasillo, no podía calcularlo por la luz; ni siquiera sabía si era de día o de noche. Tenía que llamar a la enfermera ya mismo. Aunque fuera de noche, habría alguien de guardia.

Pulsé el botón y esperé sin quitarle ojo a la puerta.

Unos minutos después —que se me hicieron eternos— entró una enfermera con mascarilla y detrás de la ventana se dibujó la maravillosa figura de Les mirándome con los ojos desorbitados, como si hubiera visto un fantasma. ¡Qué suerte había tenido! ¡Les estaba allí!

La saludé con la mano y enseguida la enfermera se me plantó delante tapándome la vista a la ventana y a Les.

Me sacó la aguja de la vía, me tomó el pulso, me miró las pupilas de los dos ojos y empezó a hacerme preguntas que me parecieron bastante tontas: ¿te duele la cabeza?, ¿tienes sensación de mareo?, ¿náuseas?, ¿cómo te llamas?, ¿cuántos años tienes?, ¿cuánto son ocho más siete?, ¿en qué año estamos?... Le dije que tenía hambre y se me quedó mirando como si me hubiera vuelto azul. Hizo una inspiración profunda y, antes de salir corriendo, me advirtió:

—No te muevas de la cama. No intentes levantarte solo. Voy a buscar al doctor. Quédate ahí quieto, ¿me oyes?

Por la ventana, la vi hablar con Les un momento, muy agitada; luego, desapareció de mi vista y yo empecé a hacerle señas a Les para que entrara en mi habitación.

Ella sonreía y lloraba a la vez, y negaba con la cabeza dándome a entender que la enfermera se lo había prohibido. Entonces yo aparté las mantas, hice ademán de levantarme y, como esperaba, ella abrió la puerta de mi cuarto para impedir que me moviera de la cama.

—No puedes levantarte, cabezota —me dijo, muy nerviosa. ¡Cuánto había echado de menos su voz!—. Quédate ahí, tonto. Has estado gravísimo, ¿sabes? Y es muy raro

eso de que de repente te hayas puesto bien.

—Acércate, Les, anda, dame un beso.

Ella miró por encima del hombro, se sentó en el borde de mi cama y nos abrazamos. Creo que es lo mejor que me ha pasado en la vida: sentir el cuerpo de Les apretado contra el mío cuando tantas veces había pensado que estaba a punto de morir. No sé cuántos días había permanecido en aquella habitación, pero debían de ser muchos porque Les se había quedado en los huesos y la sentía temblar como un pajarillo mojado.

—Ya ha pasado todo, mi amor —empecé a decirle mientras le acariciaba la espalda, la nuca, y metía la mano entre su pelo.

Ella sacudía la cabeza en una negativa que yo no conseguía entender y sollozaba con una desesperación cada vez más grande. Supuse que serían los nervios de tantos y tantos días temiendo lo peor.

—¿No me ves, tonta? Ya estoy sano. Mejor que nunca. Ahora, en cuanto me hagan las pruebas para asegurarse de que está todo bien, podemos irnos para no volver. ¿Qué día es?

Le costó contestar, pero acabó por hacerlo entre hipos.

—Veintidós de diciembre.

Solté un silbido.

—Entonces llevo aquí...

—Diecinueve días —dijo ella.

—¡Qué pasada! Pero no puedo quejarme: para tu cumpleaños ya estaré en casa y aún llego a tiempo para la fiesta de Nochebuena.

Les volvió a echarse a llorar ruidosamente y me abrazó casi con desesperación. Yo empezaba a encontrar realmente raro su comportamiento, pero justo cuando iba a preguntarle entraron en tromba unos cuantos médicos y obligaron a Les a salir de la habitación, a pesar de que yo les dije que quería que se quedara.

Enseguida comenzaron a hacerme preguntas y más preguntas. Luego, me llevaron al sótano para hacerme análisis y escáneres y no sé cuántas cosas más, y no pude ver a Les hasta mucho más tarde. Pero entre prueba y prueba tuve tiempo de hacer planes para la fiesta más increíble de los últimos cien años, en cuanto saliera de allí de la mano de Les. Estaba seguro de que a ella le encantaría todo lo que se me había ocurrido.

## Lessa

Cuando se llevaron a Ted hacia los ascensores, me apoyé en la pared y, lentamente, me dejé resbalar hasta el suelo porque tenía la sensación de que el cuerpo se me había

vuelto de goma blanda y no podía sostenerme de pie.

Eran las siete y cuarto de la mañana. Ted se había curado como me había prometido Hermes. Ahora sí que había quedado claro que el trato era válido; por tanto, eso significaba que mi vida terminaría ese mismo día, veintidós de diciembre, al cabo de unas pocas horas. ¿Qué había dicho Hermes? ¿Al anochecer? ¿Por la noche? No conseguía recordarlo.

En diciembre los días son muy cortos. Si había dicho «al anochecer», a las cuatro de la tarde, como mucho, vendría a buscarme. Me quedaban entre ocho y nueve horas. Pero por culpa de todos aquellos malditos médicos que no habían hecho nada por salvar a Ted y ahora querían entender cómo se había curado, no podríamos pasarlas juntos. Él iría de análisis en análisis y yo pasaría las últimas horas del último día de mi vida en la sala de espera de un hospital, confiando en que lo trajeran a la habitación antes de que yo tuviera que irme para siempre. Y como él no sabía nada, tampoco tendría prisa por volver.

Pensé en salir un rato a la calle, a dar una vuelta por el centro, a ver las decoraciones de Navidad y despedirme del mundo; pero enseguida me imaginé a mí misma muerta de frío, viendo a toda la gente contenta, de buen humor, haciendo planes para las fiestas, comprando regalos, tomando un vino caliente en el mercadillo... y supe que eso no haría más que aumentar mi soledad y mi tristeza.

Mejor quedarme allí, esperando a Ted.

Como sabía que aún tardaría mucho en volver, bajé a la cafetería, pedí un *cappuccino* y un cruasán de chocolate y traté de ver una película en la *tablet*, aunque no conseguía concentrarme en lo que estaba pasando y la comida me sabía a polvo.

¿Y si todo era una broma?

Ya me gustaría, ya, pero ni yo misma podía creerlo.

No. No lo era. Ted se había salvado, y yo debería estar contenta de que, gracias a mi decisión, él estaba vivo y podría convertirse en el gran músico que iba a ser. Que tuviera que hacerlo sin mí no era tan importante. Que todos nuestros sueños estuvieran a punto de desaparecer para siempre era la condición necesaria para que al menos los suyos, parte de los suyos, se cumplieran. Él me querría siempre, me recordaría siempre. De eso estaba segura.

Por supuesto, también sabía que antes o después volvería a enamorarse y trataría a otra como me había tratado a mí, como a una princesa. Y le compraría un colgante y le haría el amor y, cuando llegara el momento adecuado, le pediría que se casara con él.

Tendría hijos —siempre habíamos querido tener hijos para poder hacerlos felices, para que no tuvieran que pasar por una infancia como la nuestra— y a lo mejor, si llegaba a tener una hija, la llamaría Celeste. «En recuerdo de mi primera novia, una chica a la que quise muchísimo y que murió a los dieciocho años, justo cuando yo acababa de salvarme casi milagrosamente de un accidente que tendría que haber sido mortal», le diría a su mujer, tomándola de la mano y pensando en mí.

Me di cuenta de golpe de que estaba en público, llorando como una Magdalena — por fortuna, tratándose de un hospital, la cosa no era tan extraordinaria—, y que no hacía más que pensar en tonterías y cursiladas de película rosa.

Yo era una mujer adulta, a pesar de que oficialmente no sería mayor de edad hasta el día 24 —menuda ocurrencia que coincidieran mi cumpleaños y la Nochebuena, pero esa era la fecha que, al parecer, constaba en mi partida de nacimiento—; había tomado una decisión sin que nadie me coaccionara, con completa libertad, después de haber sopesado la situación; había decidido cambiar mi vida por la de la persona a la que amaba, dejar de vivir yo para que pudiera vivir él. No había que dramatizar.

Si todo era como yo siempre había creído, morir sería como dormirse o como cuando te ponen una anestesia total. Te duermes y se acabó. Ni sueñas ni vuelves a despertarte. ¿Qué tenía de horrible aquello? ¿Que ya no volverías a reírte, a ver el sol, a bañarte en una piscina, a comer chocolate? Tampoco te darías cuenta de su falta porque, sencillamente, ya no existirías.

Y si, a pesar de mis convicciones, después de esta vida había otra, entonces me esperaba una estupenda sorpresa. Tenía que ser estupenda porque yo siempre había sido buena persona, no había hecho nunca daño a nadie a propósito, no tenía nada importante que reprocharme. Además, habría muerto entregando mi vida por la de otro ser humano. Por amor. Y eso era un gran sacrificio, el más grande que se podía ofrecer.

O sea, que no tenía nada que temer.

Y sin embargo, estaba aterrorizada y las manos me temblaban como a una yonqui con el mono. La imagen que me devolvía el espejo del baño era la de una chica palidísima de mejillas hundidas, ojeras de color violeta y unos ojos enrojecidos que brillaban como si tuvieran una luz dentro.

Recordé de pronto que Hermes había dicho que iba a acompañarme a la casa de Aides. Me recorrió un escalofrío dibujando mi columna vertebral y tuve que agarrarme a la porcelana del lavabo para no caerme. ¿Qué casa? ¿Qué me iban a hacer allí?

¿Y si antes de matarme pensaban hacerme cosas horribles? ¿Y si morir no era solo dormirse y no soñar como yo había estado pensando, sino que antes de morir tenía que pasar por una tortura?

Yo estaba dispuesta a morir, pero la idea de que me torturaran o me violaran o me hicieran daño de algún modo era algo que no podía soportar. Tendría que preguntárselo a Hermes antes de que me llevara.

A mí misma me dio risa el pensamiento. ¿Qué me iba a contestar? Lo que más le conviniera, evidentemente. No iba a ser tan imbécil como para decirme que sí tenían pensado divertirse un poco conmigo a base de cuchillos y escalpelos antes de matarme por fin. Me diría que no tuviera miedo, que todo sería muy suave y muy natural, y yo tendría que creérmelo. O no. En cualquier caso, no había salida.

Me eché agua a la cara y, caminando como una anciana, apoyando la mano en la

pared del pasillo, volví a mi eterna sala de espera, a esperar la vuelta de Ted.



*Ditta se detuvo en la entrada del café Landtmann y echó una mirada circular. De momento no consiguió reconocerlo, pero también cabía la posibilidad de que no hubiera llegado todavía, de modo que pidió al camarero una mesa para dos y lo siguió, un salón tras otro, hasta que quedó instalada en una mesita diminuta junto a una ventana por la que se veía el edificio de la universidad y la gran calle arbolada que ahora estaba cubierta de nieve endurecida.*

*Se miró discretamente en el espejo de marco dorado que reflejaba la mitad del salón: una mujer atractiva, de unos treinta años, de melena rubia con suaves ondulaciones, grandes ojos azules bien maquillados, y un cuerpo de curvas firmes cubiertas por tejidos de buena calidad: un jersey de cachemira de color marfil y unos pantalones de un cuero negro tan fino que parecía piel humana. Unas joyas discretas, de oro y diamantes, completaban el atuendo.*

*Abrió el bolso, sacó la barra de labios y se aplicó un poco de brillo. Hacía mucho tiempo que no lo veía; quería que la encontrara guapa a pesar de los siglos que habían pasado desde la última vez. Estaba realmente intrigada por comprobar cómo sería él ahora, en qué clase de cuerpo habría renacido. Tenía que ser bello; tenía que ser artista. Eran las dos cualidades fundamentales en su hermano. Mas la belleza cambiaba según las épocas, y también el arte.*

*¿Lo reconocería? ¿Lo seguiría encontrando atractivo?*

*No tardó mucho en hallar la respuesta a su pregunta. Ya desde el mismo momento en que su silueta se dibujó en la entrada del antiguo café con sus lámparas de caireles de cristal y sus maderas nobles, supo que era él, que no podía ser otro. Alto, elegante, bien vestido, absolutamente masculino pero con un toque de finura y elegancia que lo hacía destacar entre todos los demás. Tan guapo que casi dolía.*

*Todo el mundo volvió la cabeza hacia él y lo siguió con la vista, igual que habían hecho poco antes, cuando ella se había instalado en su mesa.*

*Ditta se puso en pie y esperó con una sonrisa en los labios a que él se le acercara.*

*—Mi bella hermana —dijo besándole la mano para enseguida envolverla en un abrazo perfumado de sándalo y almizcle.*

*—Mi hermano del alma. ¡Bienvenido seas!*

*Se sentaron sin dejar de mirarse a los ojos, con las manos unidas.*

*—Tanto tiempo...*

*—Tanto, tanto tiempo...*

*Se sonreían, se acariciaban las manos, se miraban a los ojos como dos personas*

que no habían contado con volverse a ver jamás.

—¡Qué precaria puede ser la existencia!, ¿verdad? Unas veces estamos. Otras no.

Ella sonrió, cabeceando su asentimiento, mientras el camarero se acercaba a tomarles el pedido.

—¿Champán francés?

—Por supuesto.

Ditta lo miró como si tratara de grabar en su mente los rasgos exactos del rostro actual del ser amado: frente despejada, cabello rubio oscuro, fuerte y brillante, ojos claros, de color gris niebla y forma almendrada; un rostro hecho de ángulos y líneas marcadas, de hombre de treinta y tantos años; ya no un adolescente, ni siquiera un joven como Hermes; un hombre hermoso, grande, esbelto, que se movía igual que un atleta o un bailarín, vestido de negro, con una bufanda gris.

—Siempre me llama la atención que volvamos a la vida en un cuerpo y en un ambiente que se adaptan a nuestra personalidad antigua —comentó ella, sin soltarle las manos, fuertes y finas—. ¿Quién eres ahora?

—Soy coreógrafo más que nada, porque ya no bailo mucho, a mi edad —sonrió con picardía—. Muy conocido en los ambientes de danza de los mejores teatros del mundo, muy prestigioso, casi como era de esperar. Ahora estoy trabajando en la Ópera Nacional. ¿Y tú?

—Tengo una galería de arte; me va bien. La mejor sociedad de Viena y de los círculos internacionales... —hizo un gesto como para quitarle importancia al asunto.

—¿Cuántos somos ahora?

—Tú y yo, Hermes, Koré y su madre, Aides... Que yo sepa, eso es todo.

—¿Diou no está? —preguntó, sorprendido.

—Lo sabría si estuviera, supongo.

—Curioso. Pero no creo que vaya a echarlo de menos. Y el bello Aos, ¿está entre nosotros?

Ditta apretó los labios.

—No...

—¡Qué lástima para ti! Pero al menos eso nos evitará problemas con Koré —siguió hablando como si no se hubiera dado cuenta de lo molesta que estaba su hermana—. Supongo que tú tampoco sabes qué afortunada circunstancia ha hecho que volvamos a la vida.

—No lo sé, evidentemente, pero hoy mismo, cuando venía hacia acá, he visto la publicidad de un musical que parece que lleva ya uno o dos años en cartel: Dioses del Elíseo. —Él sonrió—. Si mucha gente lo ha visto, es posible que algunos de ellos, no muchos por supuesto, pero algunos, hayan empezado a investigar sobre ciertos mitos y leyendas, y hayan pensado tanto en nosotros que, sin saberlo, hayan acabado por convocarnos, como otras veces.

—Es más que posible que tengas razón, hermana. En ese caso, mejor será que

nos vayamos haciendo a la idea de que no va durar mucho. Ese tipo de fama es pasajera.

Sacó una pitillera de plata, le ofreció un cigarrillo a Ditta, que negó con la cabeza, y lo encendió con visible placer.

—¿Hay algo nuevo?

Ditta se levantó la melena con las dos manos y suspiró.

—Aides ha encontrado a alguien a quien quiere llevarse a casa. Ya lo conoces, él y sus inspiraciones artísticas... Es un chico muy joven, músico, como tú. Hay una muchacha que lo ama, y Koré y yo hemos conseguido que Aides esté dispuesto a aceptar a un sustituto...

—¿Pero...?

—¿Cómo sabes que hay un pero?

—Porque te conozco desde siempre.

El camarero dejó un cubo plateado entre ellos y, atendiendo a la discreta señal del hombre, se marchó, dejándolo todo en manos del cliente.

—Hermoso Helios —dijo Ditta acariciándole la mano—, hermoso e inteligente.

—Cuéntame.

Hizo saltar el tapón con un «plop» apagado, sirvió las dos copas que, inmediatamente, se empañaron, y le ofreció una a la mujer.

—La idea de la sustitución era buena; una forma elegante, aunque no muy original, de que Aides no tuviera que perder prestigio cambiando de idea, pero ahora resulta que la muchacha, después de haber intentado sin éxito encontrar a alguien que se prestara a cambiarse por su amado, ha decidido sacrificarse por él y entregarse a la casa de Aides.

—Notable —dijo Helios antes de vaciar su copa—. Lo mismo que sucedió aquella vez, hace siglos. Pensaba que ese tipo de amor sin condiciones ya no existía en esta época.

—Sí, admirable, lo admito, pero no quiero que esa muchacha que ha pedido mi ayuda tenga que morir para que él viva; no me parece correcto, Helios. Además, ella también merece tu protección; canta como una diosa. Ya tendrás ocasión de escucharla. Quiero que se salve, Helios, quiero que la salvemos.

—¿Sabes también cómo, dulce hermana?

—No. Eso es precisamente lo que quería pedirte: tu ayuda para pensar, para decidir, para actuar.

—He tomado conciencia de mí mismo hoy al despertar, querida Ditta. Déjame que me instale en mi nuevo cuerpo, en mi mente, en mi lengua, en esta extraña ciudad. Acompáñame, muéstrame lo que aún no conozco. Luego haremos lo que sea preciso.

—Ella tiene que acudir hoy a la casa. Al caer la noche.

Helios miró por la ventana, a la calle iluminada por la fría luz de la mañana invernal.

—Aún hay tiempo, bella hermana. Bebamos primero.

*Volvió a llenar las copas y, como habían visto hacer, las chocaron con un grácil tintineo. Mirándose a los ojos, las apuraron hasta el fondo.*



## Ted

Me encontraba tan fuerte, tan sano, tan feliz y de tan buen humor que, cuando me encontré con Les, pálida y ojerosa, lo primero que pensé fue que era necesario meterla en la cama y cuidarla hasta que volviera a ser ella misma, pero enseguida se me abrazó de una forma tan desesperada que lo único que pude hacer fue acariciarle el pelo, como si fuera un animalillo asustado, e intentar tranquilizarla.

No me habían firmado el alta todavía pero había conseguido, a fuerza de insistir, que me prometieran dejarme salir del hospital a la mañana siguiente. Hasta ellos se habían dado cuenta de que estaba perfectamente y de que, aunque mi curación fuera un milagro, como yo había oído decir a mis espaldas, el caso era que me encontraba bien y que no hacía ninguna falta que siguiera estando allí.

Cuando le dije a Les, entusiasmado, que podría salir ya al día siguiente, me miró consternada y tartamudeó:

—¿Mañana? ¿Hoy ya no?

—Es solo una noche más, Les. Hoy te vas a casa y duermes bien. Ya me ha dicho la enfermera que te has pasado todo el tiempo aquí, durmiendo con un saco en el suelo de la salita. No habría hecho falta, mi amor, pero gracias, muchas, muchas gracias. Hoy, por suerte, ya no hace falta. Estoy bien, ya lo ves. Vete a casa, dúchate, cena bien y duerme muchas horas. Mañana, si quieres, vienes a recogerme y nos vamos juntos a casa.

Me miró como un emigrante desde la cubierta del barco que lo aleja de su patria, con una despedida en los ojos y el dolor de saber que no habrá regreso.

No tenía ni idea de qué le pasaba, aquella no era la Les que yo conocía. Quizá había sufrido tanto en las últimas tres semanas que ahora no conseguía darse cuenta de que todo había terminado, de que podíamos volver a vivir como siempre, de que podía marcharse y volver al día siguiente sin que eso significara una despedida.

—Voy a afeitarme; estoy espantoso, parezco un viejo a las puertas de la muerte. ¿Le has dicho ya a Claudia que vuelvo a casa?

Ella negó con la cabeza, con la vista perdida en algún punto del suelo.

—¿La llamas mientras me afeitó?

—Bueno.

La vi trastear con el móvil mientras yo me metía en el cuarto de baño. Apenas podía distinguir lo que decían pero el tono de Les era extraño, apagado, como si en vez de estar entusiasmada por mi recuperación, estuviera triste. No conseguía comprenderlo.

—Quiere que la llames tú en cuanto puedas. Dice que hasta que no oiga tu voz no conseguirá creérselo. Y además quiere saber qué te apetece de comer. Mañana eliges tú; lo que quieras.

Me eché a reír, agarré a Les por la cintura, la levanté y le di dos o tres vueltas, casi mareado de felicidad.

—En cuanto pasen las fiestas, voy a empezar a informarme de si tengo derecho a una indemnización —le dije—. Imagínate, Les, si tienen que pagarme por lo del accidente, podríamos irnos a vivir juntos en cuanto empecemos a estudiar, o incluso antes, ya en verano.

La sonrisa de Les era transparente, fría, falsa, como si se la hubieran colgado de las orejas sobre los labios.

—¿Qué tienes, Les? ¿Qué te pasa?

—Nada —contestó mucho más deprisa de lo que debía—. Nada. Cansancio.

—¿No te alegras de que ya haya pasado todo?

—Claro —me contestó apartando la vista y alejándose de mí—. ¿Cómo no iba a alegrarme, si llevo aquí tres semanas pensando que no saldrías de esta? Lo que pasa es que estoy agotada, Ted. Y débil. Y... no sé bien... Como si estuviera dentro de un sueño y tuviera miedo de despertar y a la vez como si estuviera deseando abrir los ojos y aceptar la realidad por terrible que sea.

La abracé por detrás y hundí la nariz y la boca en el arco de su cuello. Olía a ella; el maravilloso olor que me había acompañado en mis pesadillas.

—¿No quieres tumbarte un poco en mi cama?

Ella sacudió la cabeza y preguntó a cambio:

—¿Qué hora es?

Eché una mirada al móvil.

—Las tres y cuarto.

Curiosamente, aunque en ese momento no la estaba tocando, la sentí temblar entera.

—Enseguida será de noche —dijo con un hilo de voz.

—Seguramente. En diciembre anochece muy temprano. ¿Quieres irte ya a casa? Creo que te hace falta, cielo. Yo tengo que llamar a un montón de gente, para decirles que ya estoy bien y hacer planes y enterarme de cuántos *gigs* nos hemos perdido y ver cómo compensarlos.

—¿Quieres que me vaya?

—¡No, mujer! Me encanta que estés aquí, pero tú necesitas descanso y yo tengo mucho que hacer. Vete a casa y vuelves mañana, a eso de las once. No te preocupes por mí, estoy estupendamente y a ti te hace falta dormir.

Le di unas palmaditas en el trasero para ponerla en marcha. Me llamaron la atención sus ojos asustados, tan abiertos.

—¿Y si vas en taxi, Les? Tienes mala cara.

Sacudió la cabeza.

—Voy a por mis cosas.

Volvió al cabo de un par de minutos con la mochila y el saco. Dejó un objeto sobre la cama y, antes de que yo pudiera ver lo que era, me preguntó:

—¿Me quieres, Ted?

—Pues claro —le contesté—. Más que a mi vida. ¿A qué viene eso, pequeña?

—Tenía que oírlo otra vez.

La abracé fuerte y se lo dije al oído, como tantas otras veces. Luego nos besamos apasionadamente hasta que entró Barbara y se quedó mirándonos con los brazos en jarras.

—Vaya, vaya..., parece que estás curado de verdad —dijo sonriendo—. E incluso parece que no eres del todo feo, ahora que te has afeitado.

Les estaba agarrada de mi mano como una niña pequeña y se miraba las puntas de los zapatos.

—¿Es ya de noche? —preguntó.

Barbara le echó una mirada a su reloj.

—Supongo. Son casi las cuatro pero, como no salgo hasta las diez, la verdad es que me da bastante igual. Anda, Ted, rellena este formulario. Yo ya he puesto lo que sabía. ¿Cómo se les ocurrió llamarte Theodor?

—Porque era el patrono del día que nací, el mismo que me llevaron al orfanato, el 9 de noviembre. Ya sé que es un nombre espantoso; por eso me llamo Ted.

—A mí no me parece nada feo. ¿Sabes qué significa *Theodor*?

Negué con la cabeza. Nunca se me había ocurrido que pudiera significar algo.

—Regalo de Dios, o de los dioses.

—Tiene guasa la cosa —comenté, porque Barbara estaba esperando alguna reacción, pero yo no tenía ganas de hablar de mi pasado.

—¿Por qué? —insistió ella mientras Les nos miraba a los dos con ojos ausentes.

—Primero me abandona mi madre al nacer... Bueno, supongo que primero fue mi padre el que decidió dejarnos solos, luego ella, y después, al llegar al maldito orfanato, van y me ponen «Regalo de Dios». No me digas que no parece un chiste malo. A mí el único regalo que me ha hecho Dios en la vida ha sido Lessa.

Ella alzó la cabeza, como si la hubieran sacado de un sueño.

—Tengo que irme —dijo en voz temblorosa.

—Vete en taxi, amor. Te lo pago yo. Lo mismo es que estás incubando una gripe. Con tantos días en un hospital puedes haber pillado cualquier cosa. Tómate una

aspirina y métete en la cama en cuanto llegues. ¡Anda, preciosa, buenas noches! Hasta mañana.

Nos abrazamos una vez más, pero ella ya no estaba conmigo; era solo su cuerpo. Barbara salió del cuarto casi a la vez que Les y yo me quedé solo con una sensación asquerosa en la boca del estómago sin saber por qué. Como si estuviera a punto de desencadenarse una catástrofe.

Volví la cabeza hacia la cama y me acordé de que Les había dejado caer algo allí antes de marcharse, justo cuando había entrado Barbara con los papeles. Por eso no había tenido tiempo a preguntarle qué era y para qué lo había traído.

Me acerqué y lo recogí: una *tablet* nuevecita, preciosa, con un teclado externo para cerrarla. ¿De dónde había sacado Les una *tablet* de mil euros? ¿Y por qué la había dejado sobre mi cama?

La abrí con manos temblorosas. Curiosamente, dentro había una nota escrita en papel de cuaderno de clase:

*«Te quiero más que a mi propia vida, Ted. No lo olvides nunca. Pase lo que pase, no lo olvides nunca. Adiós, mi amor. Les».*

Me quedé rígido. De pronto sentí que toda la sangre caliente que fluía por mis venas se transformaba en hielo.

¿Qué quería decir aquello? ¿Adónde se había ido Les? ¿Qué estaba pasando?

Salí del cuarto tratando de orientarme para encontrar una ventana que diera a la salida del hospital. Les no podía estar muy lejos aún; quizá podría verla desde arriba, ver adónde iba y con quién, sobre todo con quién.

Descubrí un balcón un poco más allá de la sala de espera y salí a la oscura tarde de diciembre en bata y zapatillas, como iba, pero no sentí ningún frío.

Abajo, en el aparcamiento, Les estaba quitándose la mochila y el saco para que un chico pudiera meterlos en una furgoneta negra.

Mientras él cerraba las puertas traseras, ella se inclinó hasta apoyar las manos en las rodillas, como si estuviera mareada o fuera a vomitar. Él la ayudó a volver a enderezarse y la envolvió en un abrazo que duró casi un minuto. Luego le abrió la portezuela del copiloto, dio la vuelta al vehículo, se instaló al volante y salió del *parking*.

Al frenar en la salida, debajo de una farola, pude leer el rótulo de la furgoneta: *Hermes. Mensajeros*.



*La muchacha estaba encogida en el asiento como si quisiera fundirse con él. Le temblaba todo el cuerpo y era evidente que estaba aterrorizada. Siempre tienen miedo cuando comprenden que van a entrar en la casa de Aides y que ya no volverán al mundo exterior, pensó Hermes. Y sin embargo, no es peor que el mundo que conocen; aunque quizá sea esa precisamente la diferencia: conocer o no conocer.*

*—No tengas miedo, Celeste. Ya verás que no es en absoluto como te imaginas.*

*Ella empezó a llorar bajito, tapándose la boca para controlar los sollozos que se le escapaban.*

*—Tendrás preciosos vestidos; cantarás para un público que te estará agradecido y te adorará como a una semidiosa; serás la amiga favorita de Koré, la esposa de Aides. A ella también la llevaron a la casa contra su voluntad y luego consiguieron llegar a un acuerdo para que pudiera pasar parte del año dentro y parte del año fuera.*

*—Pppero yo vvvoy a mmmorir —dijo tartamudeando.*

*Recordó el momento en que él había abierto los ojos a la extraña realidad del mundo en el que ahora se movía casi con total comodidad: él también había tenido miedo, tanto, que no se sentía capaz de abrir los ojos y enfrentarse a lo que le rodeaba. Entonces esa misma niña que ahora lloraba junto a él había intentado ayudarlo, por nada, sin conocerlo, por pura amabilidad.*

*—Celeste —le dijo, poniéndole la mano en el hombro intentando tranquilizarla—, no voy a explicarte nada. Lo mejor es que lo veas por ti misma. Pero te prometo que puedes contar conmigo, que te ayudaré en lo que pueda y no permitiré que nadie te haga daño. Mira. Ya hemos llegado.*



## **Lessa**

Todavía no sé cómo pude bajar de la furgoneta y ponerme de pie. Quizá porque siempre he sido capaz de hacer lo que tenía que hacer, lo que se esperaba de mí. Cuando uno tiene padres comprensivos y cariñosos, muchas veces puede evitar hacer algunas cosas que le asustan o que no le apetecen, pero no era mi caso; yo nunca había podido ahorrarme lo que me asustaba, ni lo que no me apetecía hacer.

Hermes dio la vuelta a la furgoneta para abrirme la puerta pero, para cuando él llegó a mi altura, yo ya estaba en el suelo, pisando la gravilla del camino de entrada a

aquella mansión con sus escalones ante la puerta y sus leones de piedra, sus ventanas iluminadas y esa sensación de que habíamos llegado a un lugar diferente a todo lo que yo había conocido en la vida.

Me tendió la mano y, a pesar del gorro azul marino calado hasta las cejas y del anorak rojo, hubo algo antiguo y elegante en su gesto que me tranquilizó.

Unos momentos después nos dirigíamos hacia la entrada abandonando en la furgoneta todo lo que me pertenecía, todo lo que había sido mi vida en el tiempo que pasé en el hospital.

Eché una mirada atrás, sobre mi hombro, para despedirme del mundo conocido y, justo antes de llamar a la puerta, como salido de ninguna parte, llegó un taxi patinando sobre el hielo del camino, escupiendo gravilla al frenar justo delante de nosotros.

—¡Leeeessss! —oí.

¡Era la voz de Ted! ¡Ted había venido a buscarme!

Pero no podía ser; corría peligro. El dueño de la casa lo quería a él, no a mí. Se había conformado conmigo, pero si ahora lo veía a él...

—¿Se puede saber qué está pasando? —gritó nada más bajar del taxi. Llevaba la misma ropa que cuando lo atropellaron y las manchas de sangre parecían negras a la luz de la luna—. ¿Qué haces? ¿Adónde vas? ¿Quién es este?

Estaba pálido y le temblaban los labios, pero nunca lo había visto tan guapo. No podía dejar que se quedara, que se pusiera en peligro.

—Vete, Ted, vete, por favor. Esto es muy peligroso para ti.

—¡Ah! Para mí... ¿Para ti no?

Me volví hacia Hermes, desesperada.

—Explícaselo tú, por favor —le dije.

—No quiero que él me explique nada, Les, quiero que me lo expliques tú.

Había algo en su tono de voz que me resultaba extrañamente ridículo. Sin embargo, no conseguía saber qué era. ¿Por qué estaba Ted diciendo aquellas tonterías en ese tono? ¿No se daba cuenta de lo incongruente que resultaba preguntar aquellas estupideces en un momento así?

En ese instante, a la luz anaranjada que salía de las cristaleras que flanqueaban la puerta, vi cómo Ted estaba mirando a Hermes y de pronto comprendí.

Estuvo a punto de darme un ataque de risa. ¡Ted estaba celoso! ¡Ted pensaba que yo acababa de dejarlo para irme con Hermes!

—Barbara me ha dicho que este tipo ha ido varias veces a verte al hospital, que es él quien te ha regalado la *tablet*.

Yo empecé a sacudir la cabeza; no sabía cómo atajar aquellas estúpidas conclusiones que estaba sacando.

—Y por si no lo sabes —su voz iba subiendo de tono y se iba enfureciendo por momentos—, por si no lo sabes, ¡es él quien me atropelló con esa misma furgoneta! Debe de quererte mucho, desde hace mucho tiempo, para estar dispuesto a matarme

con tal de quedarse contigo. Supongo que tú no lo sabías. ¿O sí? ¿O sabías que quería quitarme de en medio y te daba igual?

Nunca había visto a Ted así, con esa mirada de odio, de fuego, dirigida a mí. Lo había visto furioso otras veces, por cuestiones de la casa, de algún profesor, de alguna injusticia que no encontrara manera de solucionar, pero nunca contra mí. Era como si se hubiera convertido en otra persona, alguien capaz de atacarme, de hacerme daño, alguien que podría ser un enemigo.

—¿Cómo puedes decirme esas cosas, después de todo lo que he hecho por ti? —le grité, ofendida.

—¿Tú? ¿Por mí? ¿Qué cosas? ¿Quedarte en el hospital para asegurarte de que iba a morirme? ¿Para tener la seguridad de que podrías venirte con este hijo de papá a su mansión?

—Para venirme con él a su casa no habría hecho falta mentirte. ¡Si fuera verdad todo eso que dices, me habría venido con él y en paz!

—Te has enamorado de este tipo, ¿no? Mientras yo estaba inconsciente, él te visitaba, te llevaba regalos y... claro..., antes o después... Él puede darte cosas que yo no tengo.

—¡Márchate, Ted, por favor, márchate! ¡No me lo hagas todavía más difícil!

—¡Difícil! —el tono era tan hiriente que me dolió como algo físico—. Yo te lo estoy poniendo difícil a ti... ¿Cómo puedes ser tan cruel? Tendría que haberme muerto en esa cama de hospital. Así, al menos, habría muerto feliz.

Se dio la vuelta de golpe, metió las manos en los bolsillos del anorak, encogió los hombros y echó a andar hacia las grandes puertas de hierro forjado que limitaban el jardín.

—¡Ted! —grité.

No podía dejarlo ir así. No había pensado decirle la verdad, pero no podía consentir que se fuera de allí creyendo que yo lo había traicionado. Eso destruiría todo su futuro.

—¡Ted, espera, escúchame!

Él siguió caminando sin volverse.

—¡Ted! —grité desesperada.

Hermes me sujetaba del brazo y no permitía que saliera corriendo hacia él.

—¡Escucha, por favor! ¿Sabes por qué te has curado? ¿Sabes por qué estás vivo? ¿Sabes por qué? —tenía que forzar la voz para asegurarme de que él aún oiría lo que iba a decirle—. ¡Porque he hecho un trato para salvarte! ¡Mi vida por la tuya! ¿Me oyes, idiota? ¡Mi vida por la tuyaaaaa!

En ese instante sucedieron dos cosas a la vez: Ted se volvió hacia nosotros con una expresión de sorpresa que habría sido cómica en otro momento, y la puerta de la casa se abrió de golpe, dejando salir una vaharada de calor y un fragmento de música de piano.

En el vano de la puerta, a contraluz, se dibujaba la poderosa silueta del dueño de

la casa. Hermes me obligó a volverme hacia él y dejé de ver a Ted.

## Ted

Me sentía como si, sin darme cuenta, me hubieran subido en una montaña rusa terriblemente alta, cuyo recorrido fuera imposible de calcular porque se perdía en la oscuridad y uno no era capaz de prepararse para la siguiente caída.

Había salido disparado del hospital después de hablar unos segundos con Barbara. Porque en esos segundos creía haber comprendido lo más básico: aquel tipo de la furgoneta debía de ser un psicópata que primero había intentado matarme y después había ido a visitar a mi novia para aprovecharse de su debilidad, de la terrible situación en la que se encontraba, y ofrecerle consuelo y ayuda. La tonta de Les se había dejado engatusar y, como el tipo era de familia rica y yo me había curado ya, no tenía que sentirse culpable si me abandonaba.

Era espantoso pero, de alguna manera, sonaba lógico. Por supuesto, me di cuenta de que aquel cuento que me estaba contando no parecía nada propio del carácter de Les, pero eso fue más tarde; de momento todo me parecía evidente y me hacía sentirme furioso, con ganas de matar a alguien.

Me había vestido con la ropa que llevaba cuando tuve el accidente. En el armario no tenía otra, lo que significaba que, si nadie se había molestado en traerme ropa limpia, era que todos pensaban que no iba a salir vivo de allí. Había parado un taxi a la puerta del hospital y había seguido la furgoneta temiendo perderla. Me llevaban por lo menos tres minutos de ventaja, pero el tráfico prenavideño era tan caótico que había conseguido llegar hasta la casa justo a tiempo de verlos entrar y pelearme con Les antes de que me cerraran la puerta en las narices.

Sin embargo, ahora, después de la peor pelea que había tenido con Les desde que estábamos juntos, después de haber decidido marcharme para siempre, oí sus inauditas, incomprensibles, inimaginables palabras: «Mi vida por la tuya».

¿Qué quería decir? ¿Qué significaba eso exactamente?

Me volví hacia la mansión iluminada por la luna como una calavera blanqueada en medio del jardín. Era la misma casa que había visto en sueños. La casa de la que salía la música ligeramente desafinada que solo yo podría arreglar. La casa que me había estado llamando.

No sabía bien qué era ni cómo lo notaba, pero de pronto comprendí que aquella explicación que me había dado a mí mismo —que Les se había enamorado de aquel millonario y había decidido abandonarme— no podía ser verdad, no era verdad.

En aquel jardín helado había algo falso, teatral, como si la mansión y las luces y hasta los árboles nevados no fueran más que una capa transparente que cubría y

distorsionaba la realidad, como un papel de cocina estirado sobre un frutero, como si debajo o detrás o muy cerca, pero en otro sitio, hubiese otro mundo apenas visible, aunque de posible acceso si sus guardianes lo permitían.

Les tenía que notar lo como me estaba pasando a mí.

Yo sentía que ella no era feliz; y lo había sentido también en el hospital, cuando me desperté curado con tantas ganas de hacer planes y tan lleno de energía, y Les estaba triste y más angustiada que en toda su vida. No se había enamorado de otro, no había decidido abandonarme por dinero.

¿Cómo había podido creer por un momento, por lógico que sonara, que Les era capaz de traicionarme de esa manera y de marcharse sin una explicación?

Se acababa de abrir la puerta. Un largo rectángulo de luz amarilla se estiraba hacia mí, casi lamiéndome los pies, mientras las figuras de Les, el conductor de la furgoneta y un hombre de hombros anchos y cabeza leonina que me resultaba vagamente familiar se recortaban a contraluz como siluetas de cartulina negra.

Un segundo después, antes de que yo pudiera hacer nada por impedirlo, vi cómo Les alzaba la mano en una despedida, en mi dirección, y la puerta volvía a cerrarse.

Aullé igual que un lobo herido. El viento helado arrastró mis gritos hacia los árboles del jardín, que se balanceaban, oscuros y fantasmales, detrás de la casa.

## IV



**L**e había pedido a Aides que le permitiera hacerse cargo de la muchacha en cuanto llegara. Aún recordaba claramente el terror que ella misma había experimentado cuando, tanto tiempo atrás, la habían llevado a ella a aquel lugar después de haberla secuestrado mientras estaba recogiendo flores con sus amigas en la pradera de Nysa. Y aunque Celeste hubiera acudido por voluntad propia, le daba pena pensar en el sacrificio que estaba haciendo, entregando su joven vida a cambio de la del ser amado.

Cuando Aides abrió la puerta de entrada, ella estaba ya en la escalinata, esperando a la muchacha. Se había puesto un sencillo vestido de noche para ir introduciéndola en las costumbres de la casa y había pedido a los invitados que no se mostraran de momento y no acudieran al vestíbulo a dar la bienvenida a la recién llegada, de modo que pudo ofrecerle la mano con una sonrisa, apartarla de Aides y Hermes, y llevarla al piso superior, a un amplio dormitorio decorado en blanco y oro.

Encima de la cama había extendido un vestido azul violáceo, un color que haría brillar sus ojos, de un marrón dorado.

—No temas, hija. Yo te protegeré, aunque aquí no hay nada ni nadie que quiera dañarte. Mi nombre es Koré. Soy la esposa de Aides Adamastos, tu anfitrión.

—¿El hombre que fue a ver a Ted al hospital?

—Sí. El mismo que os vio actuar en un lugar llamado Averno hace unas semanas.

—¿Sois griegos?

—En origen sí.

—¿Quiénes sois, Koré?

Ella suspiró, levantó el vestido de la cama y se lo tendió a Lessa.

—Pruébate esto, pequeña; espero que te esté bien. Más tarde hablaremos. Ahora nos están esperando abajo.

—¿Qué quieren de mí? Dime algo, por favor.

La muchacha tenía los ojos llenos de lágrimas y apretaba el vestido contra su pecho como si fuera un escudo que pudiera protegerla de todo mal.

—Aides quiere tenerte aquí, con nosotros, quiere tu juventud, tu belleza, tu voz. Quiere que cantes para él, para nosotros; quizá incluso que formes parte de la familia o que le hagas compañía cuando yo no esté.

—¿Te vas a ir? —había auténtico terror en la voz de la chica.

—No temas, pequeña, todavía no. Aún estaré mucho tiempo contigo.

—¿Hay mucha gente aquí?

Koré se había sentado en la cama y pasaba la mano por la colcha, como alisándola sin necesidad.

—Sí. Muchos... invitados..., huéspedes. Ahora, de momento, aún no son demasiados, pero irán viniendo cada vez más. Siempre es así.

—¿Están... muertos? —preguntó Lessa con los ojos muy abiertos, bajando la voz. Koré echó atrás la cabeza y lanzó una risa musical.

—Sí, querida niña, pero no importa, ya lo verás.

—¿Y ellos lo saben?

—Si lo supieron, lo han olvidado. Ya no recuerdan que hay otro mundo.

—Entonces... ¿son felices?

Koré se puso en pie.

—Nadie es siempre feliz; tampoco aquí.

Llamaron a la puerta y entraron dos mujeres jóvenes que saludaron a Koré doblando las rodillas, como si fuera una reina.

—Ellas te arreglarán. Baja cuando estés lista.

—¿Koré! —llamó Lessa cuando ya la señora había llegado a la puerta—. No volveré a ver a Ted, ¿verdad?

La mujer esbozó una sonrisa triste.

—No creo que sea posible, hija. No obstante, si duele demasiado, dímelo y te daré algo que te hará olvidar.

Cerró la puerta con suavidad y la dejó con las dos desconocidas.



## Ted

En cuanto Les entró en la casa, todas las luces se apagaron de golpe y la música que había llegado al jardín dejó de sonar.

Volví a la carrera y empecé a llamarla a gritos y a tocar con la aldaba y con los

puños, haciendo un ruido que hubiera despertado a los muertos, pero no sucedió nada. Al cabo de un tiempo, me di cuenta de que aquello no tenía sentido y dejé caer los brazos. Nadie me iba a abrir, y no solo porque no quisieran, sino porque, aunque la cosa no tenía ni pies ni cabeza, aunque era absolutamente imposible, allí no quedaba nadie. Lo sabía con toda seguridad.

Yo mismo percibía que aquella casa estaba vacía, como si de un momento a otro se hubiera convertido en una cáscara, en una tramoya pintada. Como si solo fuera la entrada visible a otro lugar que nunca encontraría, a un laberinto inconcebible más allá de mi alcance.

De todas formas, recorrí todo el perímetro, buscando una posibilidad de entrar por alguna ventana que no estuviera bien cerrada o que fuera lo bastante pequeña para poder romper el cristal sin mucha dificultad. Tenía que convencerme de que la casa estaba efectivamente vacía.

No encontré nada. Todo estaba cerrado y a oscuras; no había un soplo de movimiento en el interior, ni un susurro, ni el tictac de un reloj, ni el mínimo brillo de un aparato en *stand by*.

El viento ululaba entre los altos abetos del jardín y hacía entrechocar las ramas desnudas de las hayas y los castaños, como si yo fuera un payaso muerto y un grupo de esqueletos estuviera aplaudiendo mi actuación entre risas. Me recorrió un escalofrío.

Volví a la parte delantera de la casa y me quedé mirando la fachada como un imbécil, tratando de comprender qué había pasado, qué estaba pasando.

La furgoneta seguía delante de los peldaños de la veranda, abandonada. Probé las puertas de detrás: se abrieron sin resistencia. La mochila y el saco de Les estaban allí.

Di la vuelta para poder mirar en el asiento del conductor. Las llaves estaban puestas. Yo no tenía carné de conducir porque no podía permitirme lo que costaba y en casa aún no habían decidido si pagarme la autoescuela a cambio de que me comprometiera a hacerles de chófer durante un año, pero sabía conducir. Me había enseñado Thomas, el jardinero que ya estaba a punto de jubilarse, y con el que había pasado unos cuantos domingos por la tarde practicando en un solar con su viejísimo coche lleno de trastos y herramientas.

Me puse al volante. Ni se me ocurrió pensar que aquello podía ser un robo. Era la misma furgoneta con la que aquel tipo había estado a punto de matarme y la misma con la que acababan de secuestrar a mi novia, así que no solo no me daba ninguna vergüenza llevármela, sino que consideraba que tenía todo el derecho. Además, iba a ir directo a la policía; podía decirles que no se me había ocurrido mejor manera de llegar rápido hasta allí.

Arranqué y primero avancé con cuidado por el amplio camino de gravilla, acostumbándome al vehículo, que era mucho más grande y más potente que el de Thomas, hasta que noté que la cosa iba bien y, ya al salir a la calle, arbolada, solitaria, que discurría entre chalets y grandes mansiones rodeadas por jardines, empecé a

circular a velocidad normal.

Entonces fue cuando, al mirarme las piernas, me di cuenta del aspecto que tenía: toda mi ropa estaba destrozada y llena de grandes manchas oscuras de sangre seca. Paré junto al bordillo y me miré en el retrovisor: aunque por suerte me había duchado y afeitado en el hospital, estaba casi verde y tenía los ojos desorbitados.

Si acudía a la policía en ese estado, pensarían que iba hasta las orejas de algún tipo de droga y tardaríamos siglos en que comprendieran que tenían que ir a esa casa, entrar y averiguar quién se había llevado a Les y para qué. Por fortuna ella aún era menor, por día y medio, y si Claudia denunciaba su desaparición, tenían que hacerle caso y empezar a buscarla. De modo que lo primero era volver al orfanato, contárselo todo a Claudia y ponernos a pensar juntos qué podíamos hacer.

Mientras conducía hacia las afueras de Viena, en medio de un tráfico cada vez más intenso y agobiante —al parecer a todo el mundo le había dado por salir hacia los grandes centros comerciales que rodeaban la ciudad—, no paraba de darle vueltas a las últimas palabras de Les: «Mi vida por la tuya». ¿Qué había querido decir? ¿De verdad había hecho una especie de pacto para salvarme a mí? ¿Con quién? ¿Con el diablo, como en un relato de terror? ¡Menuda estupidez!

A mí me parecía más lógico que fuera un asunto de trata de blancas, de secuestro de chicas jóvenes para redes de prostitución. De algún modo se habrían dado cuenta de que Les era huérfana y, como estando yo inconsciente no tenía a nadie que la protegiera, habrían mandado a aquel guaperas a consolarla... Antes o después habrían conseguido presionarla para llevársela del hospital.

No obstante, ella había hablado de un trato para salvarme a mí. ¿Cómo era posible? Si aquellas personas no eran criminales, ¿qué eran? ¿Por qué habían tratado de matarme primero y luego se habían llevado a Les? Nada tenía ningún sentido.

Algo en mi interior me llevaba a pensar, no, no a pensar, a sentir, que todo lo que estaba sucediendo no era comprensible desde un punto de vista lógico y realista; que tenía que admitir la posibilidad de que no se tratara de nada criminal sino de algo sobrenatural, de algo que estaba más allá de mi comprensión del mundo. Pero resultaba difícil aceptarlo. Entre otras cosas, porque la idea me daba terror.

Parado en un semáforo en rojo, junto con otros doscientos vieneses que habrían salido a comprar los últimos regalos de Navidad, a pesar de las ganas que tenía de volver a ver a la gente de casa, de contarle a Claudia lo que nos había pasado, lo que me estaba pasando aún, se me ocurrió que lo de ir a pedirle ayuda a ella tampoco tenía mucho sentido. Era una buena directora, la mejor que había tenido en todos los años de orfanato, pero no tenía ninguna imaginación, lo que para ser directora de una institución de ese tipo era una ventaja, pero no para colaborar en una situación como esta.

Me lo imaginaba con toda claridad: yo explicándole a Claudia lo que sabía y lo que había visto; Claudia negándose a creer que Les hubiera dicho una cosa así, cerrándose en banda al hecho de que las luces de la casa se hubieran apagado de

pronto y todo hubiese quedado vacío. Yo, insistiendo, poniéndome cada vez más nervioso, hasta que la impotencia para hacerme entender me llevara a gritar, a dar golpes en la mesa y a insultarla por su cerrazón. Ella, tratando de convencerme de que yo aún no estaba recuperado, que no había entendido bien las cosas, que probablemente estaba sufriendo alucinaciones, que tenía que volver al hospital, meterme en la cama y dejar que los médicos se ocuparan de mí hasta que estuviera curado del todo.

Lo más que podía conseguir, si me controlaba, era que acudiéramos juntos a la policía a presentar una denuncia por secuestro. Pero entonces Barbara, la enfermera, testificaría que Les se había marchado con aquel tipo por su propia voluntad, que incluso se había despedido cariñosamente de mí y me había regalado la *tablet*.

Les sería mayor de edad en menos de dos días y, si se había ido por gusto con un chico guapo que vivía en una mansión lujosa, cualquier policía sacaría la conclusión de que mi problema era que estaba rabiosamente celoso y no quería admitir que Lessa se había decidido por otro tipo que podía ofrecerle mucho más que yo.

Y lo peor era que sonaba condenadamente lógico.

Solo yo sabía que no era verdad.

El problema era que yo era el único en saberlo.

## Lessa

Por raro que pueda sonar, cuando al cabo de un rato, bañada, maquillada, peinada y vestida por aquellas dos mujeres que no hablaban mi lengua, me quedé sola en la habitación, lo único que sentí fue un enorme cansancio, unas ganas inmensas de tumbarme en aquella cama maravillosa y dormir durante dos o tres días.

El espejo me devolvía la imagen de una chica esbelta, elegante, vestida de color índigo, con el pelo recogido en un moño alto trenzado y con un maquillaje de noche, de *smokey eyes*; parecía una cantante de *jazz* de los años cincuenta. Extrañamente, el miedo había desaparecido, así como la angustia de haberlo perdido todo, de estar a punto de perder también la vida.

No sabía qué tenía que hacer ahora. Las doncellas me habían dicho por gestos que esperara allí o al menos eso había entendido yo, y como temía que si me sentaba en un sillón me quedaría dormida de inmediato, me acerqué a las ventanas para echar una mirada al jardín nevado mientras hacía tiempo hasta que alguien viniera a recogerme.

Levanté las pesadas cortinas de brocado color miel y me encontré con mi propia imagen reflejada en un cristal negro por el que no se veía el mundo exterior. La ventana, como las de los trenes y los aviones, no tenía picaporte. El corazón, que se

me había serenado en el cuarto de baño, empezó a latirme de nuevo con tanta fuerza que me llevé una mano al pecho para tranquilizarlo.

Estaba presa en una bellísima jaula de oro.

Estaba encerrada en un mundo sin salida, lleno de muertos que no recordaban que lo eran.

Me recorrió un escalofrío como un calambre eléctrico y, por un momento, se me nubló la vista de puro terror.

Pero si bien las ventanas eran impenetrables, en ese instante se abrió la puerta de la habitación y, sin decidirlo, me encontré recorriendo un largo pasillo con muchas puertas blancas a ambos lados, como en un hotel. No recordaba ese pasillo de cuando había subido con Koré, pero la verdad era que ya no me fiaba de mis propios recuerdos. Imaginé que llevaba demasiados días sufriendo por Ted, durmiendo mal, tirada en un rincón, preocupándome por un futuro que se me antojaba vacío y estéril sin él. Todo eso me había llevado al borde del agotamiento, hasta el punto de que me sentía inmersa en un sueño que no llegaba a ser pesadilla y no me habría extrañado que empezaran a pasar cosas imposibles.

Encontré una amplia escalera, y conforme iba yo bajando, la música de piano iba subiendo de intensidad. Era alguien que tocaba lánguidamente una pieza de Ludovico Einaudi; *In the labyrinth*, me pareció.

Me quedé parada en el vestíbulo, escuchando, sin decidirme a entrar. Por las puertas correderas, entreabiertas, veía pedazos de gente bien vestida: una rodilla de hombre con esmoquin negro, una espalda de mujer cruzada por unos finos tirantes de *strass*..., gente que al parecer estaba escuchando al pianista y que yo solo podía ver por detrás.

No parecían muertos.

Lentamente me fui acercando hasta la puerta y desde allí conseguí ver el salón: enorme, casi como una sala de conciertos, con suelo de mármol color marfil, varias lámparas de cristal de roca, alfombras, cortinajes, un magnífico piano de cola en el estrado y un arpa cubierta por una funda blanca. Era imposible que aquella sala estuviera en la casa en la que yo había entrado; no cabía. A menos que, sin darme cuenta, hubiera bajado a una especie de sótano mucho más grande que la casa que se veía desde fuera. O que de verdad estuviéramos en otro lugar, un lugar que yo no podía imaginar.

Los invitados estaban de pie o sentados en torno a unas mesitas doradas donde se apoyaban las finísimas copas de champán. Los había de todas las edades, desde muy ancianos hasta un poco mayores que yo. Todos parecían fascinados por la música y nadie se dio cuenta de mi entrada, salvo Hermes que, de un momento a otro, se materializó a mi lado y me dijo al oído:

—Estás bellísima, Celeste.

Se me había olvidado que Hermes me había prometido acompañarme y asegurarse de que nadie me hiciera daño. Estaba espectacular con esmoquin, fajín

granate, camisa blanca y pajarita negra.

Le sonreí y me puse de puntillas para alcanzar su oído.

—¿Qué va a pasar ahora?

—Ahora vas a cantar tú.

—¿Ahora? —pregunté con un ahogo.

Él asintió con la cabeza.

Me daba vergüenza hacer la siguiente pregunta, pero necesitaba una respuesta; no podía aguantar más la incertidumbre.

—¿Cuándo voy a morir? —pregunté—. ¿Cómo?

Me sonrió de nuevo, la típica sonrisa que a uno se le escapa cuando una niña muy pequeña pregunta algo tan evidente que resulta tierno que no lo sepa.

—Ya estás muerta, Celeste.

En ese instante, toda la sala rompió en aplausos, el pianista se puso en pie para agradecerlos y, cuando volví de mi asombro, Hermes me llevaba del codo hacia el escenario.

## Ted

Llegué al orfanato justo a la hora de la cena, exactamente como había calculado para poder entrar sin que me viera nadie, aprovechando que todo el mundo estaría en el comedor.

No hacía aún un mes de la última vez que salí de allí y, sin embargo, me parecía que habían transcurrido años: todo estaba más oscuro, más viejo, más cutre, como si las cosas que siempre me habían rodeado hubieran perdido de pronto el barniz que da la costumbre y nos hace tenerles cariño, y ahora las estuviera viendo por primera vez: los marcos astillados de las puertas, su horrible pintura marrón, los globos blancos colgados a cuatro metros del suelo, encendidos uno sí y uno no para ahorrar energía, las losetas ajedrezadas que traían recuerdos de manicomios del siglo XIX, los anchos pasillos, siempre fríos, la escalera de piedra con todos los escalones desgastados en la mitad por tantos y tantos pies un día y otro día.

Subí sin ruido, agradecido por llevar suelas de goma. Me colé en mi cuarto —vacío, por fortuna, ya que los otros tres debían de estar cenando—, rebusqué en mi armario y, con la ropa limpia en los brazos y mis botas de monte, subí hasta el desván. Me encerré en nuestro nido sin encender la luz.

Estando allí, por un instante, me sentí en casa, arropado, seguro, en presencia de Les, que me rodeaba, que estaba en todas partes. Su olor, sus gustos, sus libros, el recuerdo de su piel, de su voz... Me tumbé en el sofá que habíamos compartido tantas veces y me abracé a los cojines como si fuera ella la que estaba entre mis

brazos. Inspiré su aroma un par de veces, hasta que mi respiración se tranquilizó y los ojos se me acostumbraron a la oscuridad.

Me cambié de ropa con rapidez, me puse la cazadora de cuero y las botas, el gorro y una bufanda de ella. Antes de abandonar nuestro nido quizá para siempre, tomé el violín en su funda.

Por fin, me guardé lo más importante, lo que realmente había ido a buscar, y escribí una nota para Les por si de algún modo conseguía regresar y no sabía dónde estaba yo.

*«He salido a buscarte. Si vuelves, no te muevas de aquí. Te quiero. Ted».*

Cerré la puerta y amontoné contra ella cuatro o cinco de los trastos más voluminosos que encontré en el desván; no era el mejor momento para que otra gente hallara nuestro escondite. Tendría que haber tapiado la puerta pegándole un póster o un papel pintado para que no se notara que existía, pero algo me decía en mi interior que no debía entretenerme, que si no me daba prisa, ya no habría ninguna posibilidad de encontrar a Les.

Bajé los escalones de tres en tres para no correr el riesgo de encontrarme con toda la tropa saliendo del comedor; no creía haber tardado tanto, pero a veces el tiempo es engañoso y no estaba totalmente seguro de cuánto había pasado desde que llegué a casa.

Había planeado salir por la puerta lateral cuando oí voces al final del pasillo y, sin planteármelo, giré a la derecha buscando la entrada principal, cruzando los dedos para que no estuviera aún cerrada con llave. No podía irme de allí sin hacer una última cosa.

El gran vestíbulo, del que partían las dos ramas de la escalera noble, con su baranda de madera pulida por cientos de manos, estaba desierto y en penumbra. En el centro, como siempre, brillaba, nacarada, la estatua de mármol que representaba a Apolo, el dios de la música, desnudo, con la lira en la mano y coronado de laurel. Unos cuantos helechos en maceta rodeaban sus pies.

Eso era lo único que me había gustado al llegar al orfanato casi dos años atrás: que en origen había sido un internado especializado en música y arte para chicos de familias ricas. Por eso, Apolo Helios presidía la entrada, mientras su corte de Musas decoraba el friso que rodeaba el vestíbulo: entre ellas Euterpe, la protectora de la música y el canto, y Terpsícore, la de la danza, mis favoritas.

Desde que llegué allí para quedarme, no había pasado día que no hubiera ido aunque solo fuera un instante a mirar el rostro de Apolo, que también era músico, como yo, a pedir su inspiración, su protección para el futuro.

Me alegraba ahora de haber tenido ocasión de despedirme de él.

Me acerqué despacio a la estatua del dios griego, me detuve frente a él y, como tantas veces, lo saludé con una inclinación de cabeza como si fuera una persona viva:

respetuosamente, pero de igual a igual.

—Haz que la encuentre, maestro —supliqué—. Haz que mi música la encuentre. Las voces se acercaban. No había tiempo que perder.

Con otra inclinación de cabeza dirigida esta vez también a las bellas musas del friso, abrí una de las hojas de la pesada puerta y salí a la helada noche de diciembre.



*Helios estaba alzando del suelo a una de sus bailarinas para explicarle a su pareja de baile qué era exactamente lo que quería ver en escena cuando, de repente, la soltó y se dio la vuelta como si le hubiera picado una avispa.*

*Su compañero apenas tuvo tiempo de lanzarse a sostenerla en un intento de que la muchacha no se estrellara contra el suelo de manera demasiado brusca, y los dos se quedaron mirando al coreógrafo, que acababa de darles la espalda, como si se hubiera vuelto loco.*

—Un calambre —les dijo, mientras se alejaba en dirección al vestuario frotándose el brazo derecho—. Lo siento, chavales, un calambre salvaje. Seguid, seguid, ahora vuelvo.

*Los diez bailarines se miraron entre sí, miraron al pianista, que se encogió de hombros, y empezaron los ensayos de nuevo desde el principio.*

*Nada más salir al pasillo, Helios dejó de frotarse el brazo. Avanzó con rapidez por el vestuario buscando en el móvil el número que quería, y se encerró en una de las cabinas.*

—¿Ditta?

*Su hermana había contestado al segundo timbrado.*

—Sé dónde está y qué piensa hacer.

—¿Ella?

—No. Él. La chica ya está en casa de Aides. Él va a intentar sacarla de allí.

—¡Pobre loco!

*Helios sonrió para sí mismo.*

—No menosprecies el poder de la música, hermana. Lleva su violín. Aun así, quizá necesite mi ayuda. ¿Crees que deberíamos ir?

—¡Por supuesto!

*Hubo una pequeña pausa en la que se oía ruido de conversaciones y entrecuchar de copas.*

—El problema es que yo... Bueno... yo no, la otra, la mujer en cuya vida he aparecido, tiene ahora un vernissage, la inauguración de una exposición de pintura que parece ser importante para ella. Dame media hora.

*Helios soltó una breve risa.*

—Sí, querida, yo tengo los mismos problemas —dijo, pensando en las miradas de perplejidad que le acababan de echar sus bailarines—. No obstante, te mentiría si dijera que no me apetece volver a inmiscuirme en los asuntos de los mortales y, de paso, fastidiar un poco a nuestro hermano Aides. A ver qué cara pone la dulce Koré.

—Cuando hablé con ella, la encontré más que dispuesta a ayudarme a proteger a Celeste.

—Un poco raro que quisiera ayudarte a ti, después de todas las veces que os habéis peleado por el bello Adonis.

—Eso es agua pasada. Además, creo que ella también quiere fastidiar un poquito a su importante esposo. Piensa que, aunque su madre es hermana de nuestro padre, ella misma no es de los grandes. Tengo que dejarte. Media hora. Nos vemos allí.

—No te retrases.

Colgó con una sonrisa jugando en sus labios. Ignoraba cuánto duraría esta existencia, pero estaba dispuesto a aprovecharla al máximo.



## Lessa

Nada más acercarnos al escenario, el dueño de la casa salió a nuestro encuentro vestido con un traje de seda cruda negra y un chaleco azul pavo real bordado con flores de colores. En los días que habían pasado desde que lo había visto en el hospital daba la sensación de haber envejecido un poco y de haberse hecho más grande, más fuerte, con una cabeza más poderosa y el cabello más largo. También llevaba barba, cosa que no recordaba.

Ahora me sonreía tendiéndome una mano enorme, como una zarpa.

—¿Puedo pedir que cantes la misma canción que oí de tus labios por primera vez en el Averno?

Yo, naturalmente, no me acordaba de qué canción era la que quería oír, porque aquella vez no había tenido ninguna importancia especial para mí.

—*Summertime* —añadió él.

—*Summertime* —le susurré al pianista, esperando no solo que supiera tocarla, sino que tocara una versión que yo fuera capaz de seguir, o mucho mejor, que él supiera seguirme a mí.

Él inclinó la cabeza asintiendo y empezó a desgranar los primeros acordes

mientras yo me preparaba interiormente para la primera frase: *Summertime, and the living is easy...* Tan diferente de la realidad que nos rodeaba...

El pianista era increíble: no solo se adaptaba a mis necesidades, sino que las anticipaba y me ofrecía un colchón musical en el que podía apoyarme sabiendo que no me dejaría caer.

Cuando me di cuenta, habíamos interpretado ya cinco canciones, las luces habían bajado de intensidad y el público nos miraba con ojos soñadores, hipnotizados por la música, en un silencio casi religioso.

Me sentía flotar en el aire cálido del salón, ahora perfumado por cientos de velas que habían aparecido de pronto por todas partes. Solo faltaban Ted y su saxo para que el momento fuera perfecto. Pero Ted estaba fuera, en el mundo de los vivos, y nunca más lo volvería a ver.

Sin embargo, si esto era la muerte para mí y gracias a ello Ted podía salir del hospital y vivir su vida, yo había elegido bien, aunque no pudiera volver a abrazarlo.

Quizá podría enviarle un mensaje con Hermes. Poco a poco me iba dando cuenta de que, por imposible que pareciera, aquellas personas que habían entrado en nuestras vidas eran un reflejo de antiguos dioses olvidados: Hermes, el mensajero; Aides, a quien yo conocía como Hades, el señor del mundo de los muertos; Koré, en ese caso, sería su esposa, cuyo nombre auténtico no recordaba, la que tenía que permanecer en el inframundo durante unos meses al año para luego regresar a la superficie. La alegría de su madre por su vuelta era tan grande, que hacía que todo floreciera y llegase la primavera.

Posiblemente todo desapareciera en algún momento como desaparece una pompa de jabón, pero en aquel instante todo era realidad: los invitados elegantemente vestidos, la luz dorada de las velas, el champán de las copas, la música, el latido de mi corazón, los aplausos enloquecidos del público que se había puesto de pie, sonriendo entusiasmado.

Saludé varias veces. Me incliné, encantada, frente a aquella compañía de fantasmas, y por un segundo pensé que nunca había sido tan feliz en la vida, aunque todo estuviera a punto de acabar y hubiese perdido a Ted.

Me volví hacia el pianista para preguntarle con la mirada si quería tocar una última pieza para darle las gracias a un público tan generoso y justo entonces, antes de que colocara de nuevo las manos sobre el teclado, en el silencio que se había extendido por la sala en cuanto se habían dado cuenta de que accedíamos a interpretar un bis, se oyó un violín desgarrado, una dolorosa melodía procedente del mundo exterior.

Todos los invitados se dieron la vuelta, hacia afuera, como virutas de metal al contacto de un imán.

Aquel violín lloraba, gritaba, exigía con una pasión desconocida; era una fuente de dolor y de esperanza, de un amor inextinguible.

Era Ted.

Ted, que había venido a buscarme.

Hermes frunció el ceño y, con rapidez, se encaminó hacia las puertas de entrada. Koré me miró a mí, como tratando de juzgar por mi reacción cuál era la mejor forma de proceder. Aides sonreía, extasiado.

Si lo dejaban entrar, podríamos estar juntos. ¿Qué más daba estar vivos o muertos, arriba o abajo? Lo importante era estar juntos, y la música era nuestro pasaporte.

—¡Déjeme verlo! —le pedí a Aides antes de que a Hermes se le ocurriera hacer algo que no me gustaría—. Por favor. Por favor. Cantaré para usted siempre, siempre que quiera, pero déjeme verlo, deje que entre.

—Si entra, tiene que quedarse —dijo Koré, de pronto, con rigidez—. Nadie que entra en esta casa puede salir después.

—¡Tú has podido!

—Yo soy Perséfone, hija de Deméter.

—¡Por favor, señor! —insistí, mirando a Aides, sin hacerle caso a la anfitriona.

Él me miró con expresión benévola.

—Está bien. Sal a la veranda. Habla con él. Pregúntale si desea entrar con nosotros...

Yo ya estaba bajando del estrado cuando Aides añadió:

—Pero antes, querida mía, toma un sorbo de vino y come algo. Has hecho un gran esfuerzo.

Un criado muy joven me ofrecía una copa de champán y un platito lleno de granos de granada, cristalinos y brillantes como piedras preciosas.

No puedo decir que supiera lo que estaba pasando. Lo que sí sé es que algo en mí recordaba fragmentos de una historia de la mitología que nos había leído la maestra de Primaria muchos años atrás. No sé bien por qué, sabía que uno no debía comer ni beber nada mientras estuviera en el inframundo.

Dejé al criado con la bandeja tendida y salí corriendo hacia la puerta recogéndome el vuelo del vestido, bajo la mirada atónita de todos los muertos invitados. El violín seguía sonando, unas veces dulce, llorando su lamento; otras, furioso y exaltado; otras, disonante, hiriente, moribundo.

Abrí las dos hojas de la puerta y allí estaba Ted, en medio de la nevada, vestido con la cazadora de cuero que yo le había regalado, con los ojos cerrados y el violín casi formando parte de su cuerpo. Los copos de nieve cubrían de blanco su pelo y sus hombros; estaba pálido como una estatua de mármol, pero era la imagen más hermosa que había visto en toda mi existencia.

—¡Teeeeed! —grité.

Él abrió los ojos y me traspasó con su mirada.

## Ted

La música de mi violín había llegado hasta ella. Apolo me había ayudado, estaba seguro; había sentido su fuerza al salir del orfanato, mientras conducía bajo la nieve que se iba intensificando, mientras en la radio oía *Mad World*, una canción que parecía haber sido escrita para mí y que había sido de mis favoritas hasta que conocí a Les, y su amor lo cambió todo.

*And I find it kind of funny, I find it kind of sad.  
The dreams in which I'm dying are the best I've ever had.*

En cuanto la vi silueteada contra el resplandor del interior, con las puertas de par en par, me lancé a la carrera por miedo a que se cerrara la entrada y volviera a quedarme fuera, lejos de Les.

Un segundo después estábamos abrazados. Su precioso vestido de noche se iba empapando de nieve, pero nos daba igual; lo único que contaba era que estábamos juntos otra vez.

—¿Quieres entrar? —me susurró—. Me han permitido invitarte, pero si entras, morirás.

—No tiene importancia. Tú estás aquí. ¡Claro que quiero entrar!

Al fondo del vestíbulo apareció el hombre que había querido contratarme antes de mi accidente, el señor Averno. Ahora parecía mayor, y el aura de poder que emanaba de él era intimidante.

—¡Bienvenido, muchacho! Me alegro de que nos hayas encontrado. ¿Has venido a quedarte?

—Sí, señor.

—Entonces tú puedes marcharte, Celeste. Mi esposa acaba de pedirme que te conceda la libertad y, como no has comido ni bebido nada en mi reino, puedo dejarte ir sin condiciones. Gracias por el concierto, muchacha, nos has hecho muy felices.

Yo agarré a Les muy fuerte por la cintura.

—¿No estoy muerta? —preguntó ella en un susurro.

El señor Averno sonrió.

—No. Aún no. Anda, vuelve al mundo de arriba, vuelve a tu vida.

Les empezó a sacudir la cabeza mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—No, no, no. Yo había venido en su lugar. Yo no quiero irme si él se queda... ¿Recordáis? Mi vida por la suya... ¡Me lo habíais prometido!

—Él ha venido por su propia voluntad, Celeste, acéptalo —dijo Koré mirando a Ted apreciativamente—. Lo cuidaremos bien, no te preocupes.

—Sí, mi amor —le dije, porque por fin acababa de comprender y aceptar lo que estaba pasando—. Vete. Vive por los dos. Yo me quedo.

—No puedes hacerme eso, Ted —gritó ella—. Yo no quiero vivir sin ti.

—Yo tampoco. La muerte es mi destino, Les, el mío, no el tuyo. Tú tienes que seguir adelante, por nosotros, por los dos.

Nos quedamos mirándonos. Nunca había sentido una desesperación tan grande. Aun así, lo que estaba claro para mí era que no iba a permitir que ella muriera por mi culpa o en mi lugar.

Una voz vibrante hablando en una lengua desconocida rompió la tensión.

Nos volvimos hacia el exterior y nos encontramos con las dos personas más bellas que nunca habíamos visto, un hombre y una mujer.

Y por extraño que pueda parecer, no tuve la menor duda de que estaba viendo a Apolo Helios hecho carne.

Junto a mí, Les murmuró:

—Tiene que ser la diosa de la belleza, Afrodita.

—Y del amor, pequeña —dijo la mujer, entrando con naturalidad en la casa—. Vamos a ver si podemos arreglar esta incómoda situación, Aides.

## Lessa

Los dioses desaparecieron en el interior de la casa sin concedernos otra mirada. Al cabo de un rato, cuando comprendimos que estábamos solos y nos habíamos quedado helados, cerramos la puerta, nos apartamos del charco que se había formado a los pies de Ted y, de la mano, entramos en el gran salón.

Estaba vacío. Los invitados, misteriosamente, se habían evaporado.

Cruzamos por entre las mesas donde aún ardían las velas, aunque muchas habían empezado a ahogarse en su propia cera y chisporroteaban al apagarse. El silencio era perfecto. Solo mis pasos resonaban haciendo ecos de tacones que se perdían entre las paredes y el altísimo techo.

La penumbra se iba intensificando y la realidad que nos rodeaba parecía temblar, como un reflejo en el agua de un estanque.

Sin ponernos de acuerdo, subimos al escenario y nos sentamos en la banqueta del piano, mirándonos a los ojos. Ted puso el violín en el suelo, a su lado, soltó mi mano y tocó unos arpegios.

—¡Qué maravilla de piano! ¡Qué sonido! —dijo en voz baja.

Luego, se volvió hacia mí con una expresión extraña. Echó una mirada por

encima del hombro, tal vez para asegurarse de que no nos iban a interrumpir enseguida, y me miró de nuevo.

—Este iba a ser tu regalo de cumpleaños y tu regalo de Navidad, todo junto. No es como yo lo había planeado, pero de este modo también es bonito. Así es mucho más original: en el reino de Hades.

Metió la mano en el bolsillo interior de la cazadora y sacó una cajita ya abierta. Dentro, un anillo muy simple, una sencilla cinta de oro, brillaba suavemente a la luz anaranjada de las velas que iba perdiendo intensidad por momentos.

—Con esta oscuridad no vas a poder leerlo —dijo en voz muy baja, acercándose a mi oído—. Por la parte de dentro hay algo grabado.

—Dímelo tú —susurré.

—«Les y Ted. Siempre».

Me puso el anillo y nos besamos mientras aquí y allá las luces oscilantes de las velas se iban apagando y las sombras crecían a nuestro alrededor.

—Y ahora el otro regalo.

—¿Otro?

Puso las manos en el teclado y empezó a tocar una melodía que, desde los primeros compases, supe con toda certeza que estaba hecha para mí, para nosotros, que éramos nosotros hechos música. Algunos motivos eran como los que había tocado al violín, cuando estaba en el jardín helado esperando que lo dejaran entrar; otros, muy diferentes. Era como un infinito mar violeta donde nacían unas olas suaves, redondas, llenas de futuro, que iban creciendo y se iban hinchando hasta romper, locas de alegría, trizadas en espumas multicolores en una playa desierta de arenas blancas, en un mundo donde hubiera varias lunas y miles de estrellas en el cielo nocturno.

No sé cuánto duró. Fue un tiempo que ningún reloj sabría medir.

Cuando la vibración de la última nota se hubo perdido en el silencio, Ted volvió a mirarme y me dijo:

—Se llama *Celeste*, la mujer que vino del cielo. Si hubiera tenido tiempo, habría sido un concierto completo.

Él, entonces, se levantó las mangas, nos tomamos de las manos y nuestros tatuajes se encontraron.

Entonces entraron ellos.



*Era una hermosa imagen, como la ilustración de un libro de fantasía: la inmensa sala de mármol blanco iluminada por las pocas velas que aún titilaban, moribundas; las grandes sombras proyectadas contra el techo; el destello ocasional de una de las*

*lágrimas de cristal que colgaban de las lámparas; la joven pareja sentada al piano, con los brazos abiertos y las manos unidas como si estuvieran cumpliendo un rito que ninguno de nosotros conocía.*

*Daba lástima pensar que iban a tener que separarse, que uno de los dos permanecería allí, o que ambos aceptarían el único trato en el que habíamos conseguido ponernos de acuerdo para que ninguno de nosotros se sintiera herido en su orgullo.*

*Como tantas veces, pensé que eso era exactamente lo que nos había llevado una y otra vez a la destrucción: el orgullo, la hybris, esa maldita obsesión de entrometernos en los asuntos de otras criaturas y forzarlas a sufrir para satisfacer nuestras ansias de poder.*

*Ditta y Helios habían propuesto varias salidas, pero ni Aides ni Koré habían estado dispuestos a aceptarlas. Y, al contrario, lo que a Koré y Aides les parecía posible, había sido violentamente rechazado por Helios y Ditta. Yo, el mensajero, al ser el quinto y no haber tomado partido abiertamente, fui el que al final inclinó la balanza. Tenía conciencia de que no era la mejor solución, pero era mucho mejor que la peor de las que se habían propuesto.*

*Avancé hacia los jóvenes, que me miraban, abrazados en la banqueta del piano, con la fascinación de un ratón por una cobra. Mis cuatro hermanos caminaban solemnemente unos pasos detrás de mí.*

*Tuve la sensación de vernos como nos veían los dos jóvenes humanos: bellos, distantes, crueles, infinitamente poderosos.*

*Lamento tener que decir que me gustó.*

*Se pusieron de pie en cuanto llegué a su altura y se quedaron mirándonos de hito en hito, con las manos entrelazadas.*

*—Solo podemos ofreceros dos caminos —dije—. O bien uno de vosotros se queda aquí para siempre y el otro regresa a la superficie... —se miraron, nerviosos—, o bien los dos regresáis a la superficie... —vi el destello de triunfo en sus ojos y me apresuré a añadir—: después de haber bebido la copa que os ofrece Aides.*

*A izquierda y derecha aparecieron dos muchachitos con un cáliz de oro en las manos.*

*—Es Nepente —les expliqué—, la copa del olvido. Si la aceptáis, después de beberla os llevaré de vuelta a vuestro mundo, pero debo advertiros que lo habréis olvidado todo.*

*—¿Todo lo que ha pasado aquí, quieres decir? —preguntó el muchacho—. ¿Esta casa? ¿Vosotros? ¿El accidente?*

*Sacudí la cabeza lentamente en una negativa.*

*—Todo eso, sí, pero no solo. También os olvidaréis el uno del otro.*

*Se miraron, espantados e incrédulos, y volvieron a mirarme a mí.*

*—No es posible —dijo ella.*

*—Lo es, Celeste, créeme. Lo hemos hecho cientos de veces a lo largo de la*

*Historia. También haremos que las personas que os rodean olviden lo sucedido. Nadie recordará que alguna vez fuisteis una pareja. Nadie tendrá que sufrir. Vosotros menos que nadie. Os veréis, os saludaréis y cada uno seguirá su camino, sin dolor, haciendo su propia vida. No recordaréis nada. Volveréis a amar con el tiempo, encontraréis a otra persona que os hará felices...*

*—No —dijo él, sin consultarlo con Celeste—. No quiero a otra persona, ni ahora ni nunca. Yo me quedo y ella se va. Prefiero estar aquí que recuperar la vida que tenía antes de ella.*

*Me di cuenta de que en el cerebro de Ted había empezado a sonar una canción curiosa: triste, repetitiva, inquietante. Entendí unas frases a pesar de que estaban en una lengua distinta: «Hide my head, I wanna drown my sorrow / No tomorrow, no tomorrow... Went to school and I was very nervous / No one knew me, no one knew me»...*

*Indagué dentro de su mente, vi lo que había sido su existencia y empecé a comprender que no quisiera volver a su vida de antes, cuando la soledad era tan grande que a veces se sentía transparente, y la furia por lo injusto de su existencia le hacía odiar el mundo y desear destruirlo. Solo la música le había proporcionado algo de paz. Y después, Celeste.*

*Había estado a punto de convertirse en delincuente, en uno de los ladrones a los que yo protegía, pero al conocerla había decidido transformarse de raíz para tener algo que ofrecerle. Se había formado a sí mismo, mejorándose incesantemente, inventándose un papel masculino que le permitiera ser digno de ella, ganarse su amor; había algo de mago en su comportamiento. Lo miré con un nuevo respeto.*

*—No —dijo ella, enfrentándose a nosotros, desafiándonos. Para ser una simple humana, estaba radiante con el cabello recogido, el vestido violeta y los ojos brillando como estrellas, llenos de audacia; parecía una diosa—. Yo me comprometí primero. El trato está cerrado: Ted se salva y se va; me quedo yo.*

*Arriesgándome a desencadenar la ira de mis hermanos, y pensando que aquel muchacho tenía un cierto parecido conmigo, a pesar de que su música lo ponía bajo la protección de Helios más que de la mía, me atreví a lanzar un comentario que, si el muchacho era como yo pensaba, inteligente y astuto, quizá podría aprovechar.*

*—La permanencia en el reino de Hades es eterna, igual que el olvido. En la superficie, sin embargo, nada es para siempre.*

*Se cruzaron nuestras miradas apenas un segundo; su expresión no cambió. No pude distinguir si había comprendido mi mensaje o si su decisión estaba tomada y no tenía que ver con la mía. Alargó la mano hacia la copa y, de un trago, la vació.*

*Ella lanzó un grito y se cubrió la boca con la mano.*

*Antes de que el veneno pudiera hacerle efecto, tuvo tiempo a decir mirándola a los ojos:*

*—Bebe, Les. Hazlo por mí. Recuerda. Siempre.*

*Entonces ella, sin apartar la vista de Ted, y con los ojos llenos de lágrimas,*

*tendió la mano y apuró su copa.*

# Epílogo I



**L**legaron al desván jadeando porque habían subido corriendo desde el primer piso. Hacían falta más sillas plegables para acomodar a todos los espectadores del concierto de fin de curso y era necesario darse prisa, de modo que nada más localizar el montón metálico que ocupaba la pared derecha, se lanzaron a recoger sillas y pasárselas por el antebrazo para cargar todas las que su fuerza les permitiera.

Se miraron, divertidos, y él adelantó los labios para besarla. Ella echó una ojeada nerviosa por encima del hombro.

—No da tiempo, *cari*. Nos están esperando y seguro que mandan a alguien más.

—Es que, para una vez que estamos solos...

Se besaron durante unos segundos, con las sillas apoyadas en las piernas y en las caderas.

—Tengo tantas ganas de salir de aquí y empezar a vivir de verdad —dijo él—. Tener un trabajo, el que sea de momento, y estudiar, y buscarnos un sitio donde podamos vivir juntos...

—Ya falta muy poco. El domingo nos dan los diplomas, luego las dos semanas del *camping*...

—Otra vez todos juntos... —la interrumpió él.

—Sí, pero después... ¡libres! Y juntos los dos. Lo que queramos.

—¿Te imaginas si hubiéramos podido tener una habitación aquí arriba? —dijo él con mirada soñadora paseando la vista por la enorme superficie del desván—. Total, nadie lo usa para nada y hay tanto espacio...

—De todas formas, ahora ya es tarde. Se acabó el curso, se acabó el Bachillerato. Lo mismo, cuando nosotros ya no estemos, otra pareja lo piensa antes y se las arregla para hacerse un hueco sin que nadie lo note. ¡Anda, vamos! Ahora las sillas y —se inclinó hacia él, levantó la cabeza y volvió a besarlo— dentro de poco empieza nuestro futuro.

Aún no habían cerrado la puerta del desván cuando desde abajo oyeron que los llamaban y cruzaron una mirada de cómica desesperación.

—¡Juliaaaaa! ¡Tobyyyy! ¿Vienen esas sillaaaaas?

—No pueden vivir sin nosotros —comentó ella.

—Pues no van a tener más remedio a partir de agosto.

Se sonrieron y bajaron, tropezando, las amplias escaleras de piedra del orfanato que pronto iban a abandonar.

# Epílogo II



**T**ed sorteó los diferentes grupos que se arracimaban en torno a las mesas altas en el salón de la primera planta de la Ópera procurando no derramar las dos copas de champán que llevaba en las manos.

Junto a los ventanales, mirando el bullicio de la Kärntnerstrasse, lo esperaba Margot, elegantísima con un vestido de color marfil y un chal de seda rosa. Se había recogido el pelo, rubio y sedoso, en un moño alto que, aunque la favorecía, la hacía también un poco más rígida, más distante. Le parecía raro que aquella mujer, hija de una de las familias más distinguidas de Viena, quisiera estar con él, un chico salido de un orfanato y que no tenía más que su música; aunque de hecho le parecía más raro todavía que él hubiera querido estar con ella, que no era en absoluto el tipo de mujer que le gustaba.

Margot le sonrió al aceptar la copa y él se vio por un instante en el espejo, por encima del hombro de ella: un hombre atractivo, vestido con un traje ligero de verano, gris claro, y una camisa de un azul violáceo. Ya no era un jovencito, pero todavía estaba bastante bien, concluyó para sí mismo.

Chocaron las copas y tomaron un trago.

—Nunca te he preguntado si esto significa algo —preguntó ella, acariciando con el dedo índice la parte interior de la muñeca de Ted, donde llevaba un pequeño tatuaje semicircular que representaba la mitad de un laberinto—. Lo llevas en las dos manos.

Él se encogió de hombros.

—Supongo que sería alguna de esas locuras de juventud. Debí de hacérmelo algún día que estaba demasiado borracho para darme cuenta de lo que hacía o para acordarme después.

—Igual que el que llevas en... —señaló discretamente hacia la zona del cinturón de Ted—, supongo.

—Supones bien. Tampoco me acuerdo. Pero es bonito, ¿no?

—Bueno..., nunca me imaginé a mí misma con un hombre que llevara tatuajes, la verdad. Pero como eres artista..., siempre es más fácil de aceptar —terminó con una sonrisa conscientemente coqueta que a Ted, por alguna razón que ni él mismo

comprendía, le molestó.

—¿Te está gustando la ópera? —preguntó, porque no quería seguir hablando de los tatuajes. Eso acabaría por llevarlos a su juventud, a los recuerdos de la época del orfanato, y era un tema que no quería tocar.

—Pse —dijo ella haciendo un mohín—. El montaje es bueno, y las voces son realmente espléndidas, pero la idea de la obra..., la trama..., es bastante estúpida, la verdad.

—A ver, dime qué es lo que te parece tan estúpido.

Habían ido a ver *Alceste*, de Christoph Gluck, una obra del siglo XVIII, porque un amigo de Ted, que tocaba en la orquesta, le había conseguido unas entradas estupendas a mitad de precio, cosa que Margot, evidentemente, no sabía.

En la obra, un rey y una reina de la Antigüedad clásica, Admete y Alceste, que llevan muchos años felizmente casados, tienen dos hijos adultos y son adorados por su pueblo, se encuentran de golpe en una situación terrible. Admete está muy enfermo, a punto de morir. Alceste, desesperada, pide ayuda a los dioses, que por fin se apiadan de ella y le ofrecen la posibilidad de cambiar la vida de cualquier súbdito que se presente voluntario por la del rey. Como al cabo de un tiempo nadie se ha ofrecido, Alceste decide entregarse ella para salvar la vida de su esposo.

En esos momentos, disfrutando de la pausa, eso era todo lo que sabían.

Margot sacó un espejito del bolso, se repasó los labios y con el dedo anular se acabó de frotar la pintura.

—Eso de que te den la posibilidad de ofrecer tu vida por la suya... —comentó ella, a modo de respuesta.

—¿Qué?

—Que es imposible.

—Pues claro. Es que es literatura, mitología —dijo él, ligeramente fastidiado—. Pero, aceptando la premisa, aceptando que fuera posible..., ¿tú lo harías?

Ella se echó a reír tirando la cabeza hacia atrás y entornando los ojos.

—¿Por ti?

—No necesariamente. Por alguien a quien amaras de verdad —dijo Ted con una sonrisa no del todo falsa.

Ella le sacó la lengua.

—Vamos, contesta —insistió él.

—¿Quieres saberlo? Pues no, no creo que lo hiciera. Cada uno tiene su vida y su destino. Nadie debe cambiarse por nadie.

—¡Ajá!

—¿Y tú? —preguntó ella, muy intrigada, acercándose a él como una gata mimosa.

Acababa de sonar el segundo timbre y la sala de la cafetería se había vaciado ya considerablemente.

—¿Por ti? —preguntó él sonriendo.

Ella entrecerró los ojos y adelantó ligeramente los labios, en espera del beso.

—No, querida. No lo haría nunca. Por ti —precisó—. ¿Vamos?

Pasaron el resto de la obra en un silencio que a Margot le pareció tenso e incómodo, aunque era perfectamente normal no poder hablar durante la representación.

Ted estaba absorto en lo que estaba sucediendo en el escenario y cada vez con más frecuencia seguía con los prismáticos de teatro a alguien que ella no conseguía identificar.

—¿A quién miras? —preguntó por fin, muy bajito.

—A Leo, el amigo que nos ha conseguido las entradas...

—¿Y a quién más? Si miraras a Leo, no tendrías que mover tanto los prismáticos. ¿Te crees que soy tonta?

Ted no entró al trapo. La conocía y sabía que lo mejor era obviar el comentario y cambiar de tema.

—¡Ah!, no sé si te lo había dicho, Leo nos invita a pasarnos luego por la cantina a brindar con él por el estreno.

—¿Tenemos que ir? No me apetece nada... ¿Cuándo tienes que estar tú en el club?

—Actuamos a las once; hay tiempo. Pero si quieres irte en cuanto acabe la función, tampoco hay problema, ya nos veremos mañana.

Se oyó un fuerte «¡chist!» procedente de la fila de detrás y ambos guardaron silencio instantáneamente.

A las nueve y media acabó la representación con una ovación de más de diez minutos, con todo el público puesto de pie.

Ted estaba como transfigurado, hasta el punto de que Margot pensó que le había sucedido algo durante la función.

—¿Te encuentras mal, Ted?

Él negó con la cabeza.

—No, no, en cuanto salga un poco al aire se me pasará. Me ha impresionado la música, más de lo que suponía; no conocía esta ópera.

—Me ha extrañado mucho que haya acabado bien —dijo ella, arreglándose el chal sobre los hombros—. La mayor parte de las que he visto en mi vida son tragedias. En esta, sin embargo, al final se quedan juntos y son felices. No sé..., de alguna forma, no me gusta. Pierde elegancia... Ese *happy end* le quita solemnidad.

—Si te pasara a ti, te gustaría que acabara felizmente, ¿no?

—Pero no me pasa a mí, querido —le quitó un pelillo de la solapa del traje y aprovechó para detenerlo un instante, ya en la entrada de personal—. Prométeme que no nos quedaremos mucho.

—¡Mira, ahí está Leo! Ha salido a recogernos.

Los hombres se abrazaron con palmadas en los hombros y se estrecharon la mano. Margot se limitó a sonreír.

—¡Enhorabuena, tío! —dijo Ted—. ¡Ha sido espectacular! ¡Y yo que te decía que con esos instrumentos de viento antiguos que te dio por tocar nunca llegarías a nada!

Soltaron la carcajada mientras recorrían el pasillo hacia la cantina.

—¿Qué tal va el *Celeste Quartett*, Ted? —preguntó Leo.

—Increíblemente bien. Tenemos el calendario lleno hasta la primavera del año que viene.

—¡Y yo que pensaba que el *jazz* no era negocio...! —contestó, sonriente, devolviéndole la pelota—. Claro que, llamándose «celestial», tiene que irse bien. ¿Cómo se te ocurrió ese nombre? Siempre he querido preguntártelo.

Ted se encogió de hombros.

—Ni idea. Solo sé que me vino de pronto a la cabeza y supe que era ese, que no podíamos llamarnos de otro modo. Será por lo de «celestial», como tú dices.

Volvieron a reírse mientras Margot, dos pasos detrás de ellos, apretaba los labios. Ted tenía potencial: era guapo, elegante, artista... y, para haberse educado en un orfanato, era bastante presentable, salvo cosas como ese empeño que tenía en no separarse casi nunca de su roñosa cazadora de cuero y los horribles tatuajes que llevaba en las muñecas y en el vientre. El único problema era que le faltaba el interés para aprender ciertas cosas que resultaban fundamentales en el mundo de ella. Suspiró. Era cuestión de paciencia. Estaba convencida de que antes o después lo conseguiría y Ted llegaría a la altura que ella sabía que podía alcanzar. Acabaría haciéndose rico y famoso con su música, y con los contactos que ella le podía proporcionar. Entonces a él mismo le darían vergüenza su cazadora y esos ridículos tatuajes patibularios, y ella le regalaría las sesiones de láser para borrarlos.

Llegaron a la cantina, donde casi cien personas charlaban entre risas y gritos de alegría y de sorpresa, se saludaban, chocaban las copas y se movían constantemente de uno a otro grupo.

—Venid, que os presente a nuestro director de orquesta.

Leo tocó a un hombre aún vestido de frac que se volvió a saludarlos.

Ted y él se quedaron mirándose un momento, en suspenso. Era un hombre de mediana edad, de pelo gris, muy corto, y ojos pequeños pero muy brillantes.

—¿Nos conocemos? —preguntó el director.

—No, no creo. Yo también soy músico, pero de otro estilo.

—Y esta es Celeste —dijo Leo, pasando el brazo por los hombros de una mujer de unos veintitantos años que tenía una intensidad especial en la mirada—. Una gran amiga. Soprano. Ha hecho el papel de Ismene.

—Un papel pequeño —dijo ella estrechando la mano de Margot y de Ted.

—Un papel pequeño en uno de los mejores teatros de ópera del mundo —añadió el director—; y eso antes de los treinta.

Todos cogieron una copa de la bandeja que les presentó un camarero que a duras penas conseguía atravesar la sala con su carga.

El director tomó dos copas y le ofreció una a Margot, que la aceptó con una

mirada profunda.

—¡Por el éxito de la producción! —dijo Ted, que no conseguía apartar los ojos de la mujer que Leo le acababa de presentar. Era la misma que él había estado siguiendo con los prismáticos durante toda la función—. Perdona, ¿has dicho que te llamas Celeste?

Ella asintió con una sonrisa.

—Raro, ¿no? Pero se acostumbra una a todo y, además, fuera de este ambiente, mis amigos no me llaman así.

—Yo te llamaría Les.

Tuvo la sensación de que la chica se ponía pálida de pronto.

—¿Cómo lo has sabido? ¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie. ¿He acertado?

Ella tomó un trago de la copa y desvió la vista.

—Los que me conocen desde pequeña me llaman Lessa —dijo bajando la voz y apartándose un poco para que solo él la pudiera oír—. Pero fíjate qué curioso —le mostró el dedo anular donde llevaba una delgada cinta de oro—: en este anillo que he llevado toda la vida porque, según me dijeron, era la alianza de mis padres, ¿sabes qué pone? *Les y Ted. Siempre.*

—Yo me llamo Ted —dijo él, sorprendido, también en un susurro.

Ambos levantaron los ojos, que habían concentrado en el anillo, y sus miradas se encontraron.

—¡Increíble! ¿Tu padre también se llama Ted? —preguntó él por preguntar algo.

No conseguía tragar la saliva que se le había acumulado en la boca.

Ella negó con la cabeza.

—No lo sé. Soy huérfana. Siempre he supuesto que estos eran los nombres de mis padres.

—Yo también soy huérfano.



*Los vi desde lejos, entre la gente alegre que llenaba aquella cantina. Sabía que me quedaba poco tiempo, que me estaba difuminando, que mi existencia volvía a tocar a su fin.*

*Recordé que había sido muy cerca de allí donde nací de nuevo a esta vida y que era esa muchacha de los ojos dulces de color de miel la que había intentado ayudarme sin saber quién era yo.*

*Nosotros habíamos destruido su mundo, su felicidad, su futuro. Por eso tenía la sensación de que les debía algo, de modo que me acerqué discretamente a ellos, que, sin intervención ninguna por mi parte, parecían haberse vuelto a encontrar.*

*El muchacho había comprendido mi mensaje; se había dado cuenta de que en este mundo, bajo la luz del sol, siempre es posible volver a empezar.*

*Fui sorteando los grupos, las bandejas sostenidas en vilo por los camareros, la gente que pasaba con platos de comida, hasta que conseguí colocarme justo al lado de ellos y, como sin darle importancia, toqué los antebrazos de los dos a la vez y giré sus muñecas de modo que no pudieron evitar ver el tatuaje que ambos llevaban.*

*Lo miraron.*

*Me miraron.*

*Se miraron el uno al otro.*

*Tardaron aún unos segundos en sentir el efecto de mi manipulación, pero, poco a poco, empezaron a reconocerse, como cuando se enfoca una lente y el rostro que aparecía borroso acaba adquiriendo una nitidez total.*

*—Gracias, Mensajero —susurró ella, sin atreverse a decir mi nombre.*

*Yo crucé el índice con mis labios, les sonreí y, lentamente, salí del edificio de la Ópera, disfrutando del calor de la noche de verano, quizá por última vez, con la sensación de que esta vez había conseguido hacer feliz a alguien. Una excelente sensación.*

*Cuando volví atrás la cabeza, ellos habían salido también a la calle, abrazados, mirándose como si en el mundo no existiera nadie más que ellos dos.*

*Debieron de verme al final de la calle, un transeúnte más, sin ninguna importancia, contra el fondo de la catedral de Sankt Stephan, iluminado por los últimos rayos, ya rojos, del sol que moría.*

*Levantaron la mano y la agitaron en una despedida.*

*Yo hice lo mismo antes de desaparecer.*





ELIA BARCELÓ ESTEVE. Nace en Alicante el 29 de enero de 1957. Es licenciada en Filología Anglogermánica e Hispánica y Doctora en Literatura Hispánica. Ha trabajado como traductora e intérprete e impartiendo clases de inglés. Durante 10 años fue directora y actriz de teatro universitario en español y alemán.

Desde 1981 vive en Innsbruck (Austria), donde trabaja en el Departamento de Romanística de la Universidad. Imparte clases de literatura hispánica, cultura y civilización españolas, composición y estilística, y escritura creativa. Ha dirigido varios talleres de escritura en solitario y junto a otros autores como Luis Sepúlveda, Laura Grimaldi, etc.

Ha publicado novelas, ensayos y más de cuarenta relatos en antologías y revistas españolas y extranjeras. El género que mejor la define es el fantástico, seguido de cerca por el histórico y el criminal, sin olvidar el terror. Parte de su obra ha sido traducida a más de diez idiomas: francés, italiano, alemán, catalán, inglés, griego, húngaro, holandés, danés, noruego, sueco, chino y esperanto. Y varios de los cuentos de su libro *Futuros peligrosos*, han sido adaptados al cómic. Durante dos años colaboró en el *País de las Tentaciones* con artículos de opinión.

A la pregunta de por qué escribe, la autora responde:

*«Escribo porque me gusta, porque me divierto enormemente y porque, hasta cierto punto, quiero dar a otras personas la satisfacción que yo recibo leyendo las novelas y relatos de otros escritores. Los ratos que pasé leyendo en mi adolescencia fueron de los más felices y plenos de mi vida y me gustaría devolver algo de lo que recibí, dar a*

*los jóvenes de ahora algo de lo que me dieron a mí en esa época y que formó las bases de mi pensamiento y mi comportamiento actual».*

## **Premios**

- Premio Ignotus 1991, por *La estrella* (cuento).
- Premio Internacional de Novela Corta de Ciencia Ficción de la Universidad Politécnica de Catalunya 1993.
- Premio de Literatura juvenil de Edebé 1997 por *El caso del artista cruel*.
- Accésit en el Concurso Internacional de Paradores de España 2001.
- Accésit en el Concurso Internacional de Paradores de España 2002.
- Segundo Premio Libros Mejor Editados (Modalidad infantil y juvenil) 2004, por *Trafalgar*.
- XV Premio Edebé 2007, en la modalidad juvenil, por *Cordeluna*.
- Premio Internacional UPC, por *El Mundo de Yarek*.
- Premio Los Mejores Libros y para Niños y Jóvenes del Banco del Libro de Venezuela 2008, en la categoría Juveniles Originales, por *Caballeros de Malta*.